

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

el hacha del verdugo

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

EL HACHA DEL VERDUGO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 443

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES

CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 32.659 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: octubre, 1970

© VIC LOGAN, 1970
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

PRÓLOGO

—¡Joan! ¡Joan! —Los gritos de la mujer llamando a la niña eran horripilantes.

La niña contaba apenas ocho años, y corría, corría por entre los abruptos parajes del monte, en la noche tormentosa.

—¡Joan! —seguía gritando la mujer, y sus voces se confundían con el retumbar de los truenos.

Un relámpago silueteó la figura de la niña, allá en lo alto.

La mujer subía jadeando.

—¡Por el amor de Dios, Joan...!

La niña desapareció de la vista de la mujer que la seguía con el terror reflejado en los ojos.

¿Quién...? ¿Quién la había atraído hacia el acantilado en una noche como aquélla?

El viento trajo hasta la mujer el eco de la voz infantil:

—¡Papá!

—¡Dios mío! —exclamó la mujer—. No puede ser... Tu padre está muerto, Joan. ¿Me oyes? Tu padre está muerto.

—¡Papá!

La mujer, cuarentona, desgredada y al borde del desmayo por el esfuerzo terrible que estaba realizando, tropezó dos veces, sus rodillas chocaron contra las rocas y sangraban por entre los agujeros de las medias, pero no cejaba en su empeño de alcanzar a la pequeña. De evitar la desgracia.

El paraje era totalmente desierto. Parecía el fin del mundo, la montaña olvidada, trágica... La vieja casona quedaba atrás, bastante atrás...

—¡Joan!

Entonces oyó el grito desgarrado de la pequeña, y fugazmente la vio cuando su cuerpo pasó veloz por entre las rocas, cayendo verticalmente hacia el vacío.

—¡Joan! —sollozó la mujer sin apenas voz.

Y aquel grito de la niña despeñándose resonó en su mente durante mucho tiempo.

Era un grito de terror, un grito de muerte.

¿Por qué? ¿Por qué había ido la niña hacia la cumbre?

—¿Por qué, señora Munson? ¿Por qué dejó salir a Joan? —preguntó el alguacil.

Era la única autoridad de aquel villorrio del estado de Utah, cuyo nombre faltaba en muchos mapas.

La señora Munson no despegó los labios. Desde la noche anterior sus ojos permanecían fijos, sin moverse, sin mirar a ningún sitio. Sumida en una especie de marasmo, permanecía inmóvil dentro de la vieja casona, la más apartada del villorrio.

Fuera, dos hombres cargaban un pequeño bulto cubierto con una manta en una furgoneta.

Era el cuerpo de la pequeña Joan que habían podido rescatar del fondo del precipicio.

—Tiene que hacer un esfuerzo, señora Munson —continuó el alguacil con voz grave—. Es la segunda vez en un mes. Primero fue Richard, tenía doce años. ¿No se acuerda de Richard, señora Munson?

—¡Richard! ¡Mi pobre Richard! —balbució la mujer sin mover los ojos, con voz profunda, lejana.

—Sí, Richard. Era hermano de Joan y también cayó desde lo alto del acantilado. Y fue también en una noche.

—La colina —murmuró ella con aquel tono cavernoso—. La colina...

—Sí. La colina. ¿Qué buscan en la colina, señora Munson?

—A su padre... Buscan a su padre.

—¡Esto es un disparate, señora Munson! —exclamó el alguacil, intentando armarse de paciencia—. Jonás está muerto. Lo tienen enterrado ahí fuera.

—No... «El» vive... Llama a los niños... No quería separarse de ellos y los llama.

—Tendría que verla un médico, señora Munson —repuso el alguacil moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Es él, señor. Es él —repitió la señora Munson como si estuviera en trance.

En el umbral de la puerta esperaban los dos hombres de la furgoneta en silencio.

En aquellas primeras horas el cielo seguía encapotado y había dejado de llover, pero amenazaba con desencadenar una nueva tormenta, muy frecuente en las cumbres.

El silencio en la casa era absoluto y sólo fue roto por la voz infantil y cantarina de una muchachita de unos ocho años.

—Tía Aggie, tía Aggie —dijo bajando la escalera, todavía enfundada en su pijama de lana.

Todos los ojos se volvieron hacia la recién llegada.

La niñita se acercó a la señora Munson y apoyó los codos en su regazo.

—Tía Aggie... Acabo de ver a papá...

—¿Sí, Lucy? —inquirió la mujer en el mismo tono lúgubre y lejano.

—¿Pero qué dices, pequeña? —intervino el alguacil.

Lucy miró al hombre y añadió:

—Papá me ha dicho que esta noche debo ir a la colina.

—¡Tú no irás a ninguna parte! —gritó el alguacil.

Entonces una puerta se cerró en el piso superior.

Aquel ruido característico y normal en cualquier parte, no lo era en aquella casona... porque en la casa ya no había nadie más. ¿Quién había podido cerrar?

—¡Vamos! Rodeen la casa —había pedido el alguacil a los dos hombres de la furgoneta.

Había otras dos salidas. Una en la parte lateral y otra en la trasera.

Cada uno de los dos hombres ocupó una de las puertas, mientras el alguacil desenfundó su revólver y subió la escalera.

Sus pasos resonaban y los tacones de sus zapatos golpeaban la madera de los peldaños.

La tabla del séptimo escalón crujió.

El alguacil, con los sentidos en tensión, siguió ascendiendo hasta llegar al rellano.

Había un largo corredor a un lado y allí confluían todas las habitaciones. Eran seis en total y un cuarto de aseo al fondo, junto al tramo de escaleras que subía al desván.

Tenía que abrir aquellas habitaciones una a una y saber quién se

escondía en la casa.

El corredor no tenía ventanas, por lo que la luz era nula. Dio el conmutador, pero no se encendió ninguna bombilla.

Recordó que con la tormenta todo el villorrio había quedado a oscuras y tardarían en reparar la avería.

Se acercó al primer dormitorio. Estaba a su derecha.

Abrió la puerta lentamente primero, para tirar rápidamente después.

Se quedó en el umbral y escudriñó todos los rincones. Todo estaba oscuro y la ventana cerrada.

Se acercó y abrió los pórticos, volviéndose rápidamente.

Arqueó las cejas al mirar en torno suyo.

No había nadie, ni nada en absoluto. Era una habitación completamente vacía...

Y fue a por la segunda...

Las había revisado todas una a una, incluido el desván.

No encontró absolutamente nada.

Cuando se reunió fuera con los otros dos hombres, ambos aseguraron:

—Por aquí no ha entrado ni salido nadie.

—Por mi puerta tampoco.

—Bien, vámonos, pero esta noche necesitaré algún voluntario para vigilar la casa. Ya han muerto dos niños. No voy a consentir que esa pequeña se despeñe también.

Los dos hombres se miraron.

—¿De noche y en esta casa? —inquirió uno.

—¿Qué pasa? ¿Es que tenéis miedo? —repuso el alguacil.

—Bueno; mira, Matt, no es por nada, pero aquí suceden cosas demasiado raras.

—No me vengáis con que ahora creéis en fantasmas —gruñó el alguacil.

Era un hombre joven, destacado allí como ayudante del *sheriff* del condado que habitaba a muchos kilómetros y tenía ya demasiados años para ocuparse de los asuntos de su cargo. Esperaba el relevo que nunca llegaba y el alguacil aguardaba también un destino mejor que permanecer encerrado en aquel agujero olvidado.

—Yo no creo en fantasmas —protestó el hombre al que todos

conocían por Hurón—. Pero que en esa casa vive alguien más... Puedes estar seguro.

—Lo he registrado todo. ¡No había nadie! —exclamó el alguacil.

—También la niña dijo haber hablado con su padre —repuso Hurón.

—No irás a creer en las fantasías de una niña de ocho años...

—Hay otras personas que dicen que han visto a Jonás.

—¡Jonás está enterrado ahí! —Y el alguacil señaló con el índice una sencilla tumba entre un rústico cercado.

Los dos hombres miraron con recelo aquel punto.

El compañero de Hurón, un pequeñajo de mirada aterida, musitó:

—¿Y si no estuviera, Matt?

Para el alguacil era una cuestión de amor propio. No pidió ni esperó permisos. Dadas las circunstancias y el lugar donde se encontraba, decidió por su cuenta proceder a desenterrar el ataúd.

—Lleva tres años ahí. Y quiero que todos os convenzáis —dijo mientras extraía la tierra a paladas.

Con él, además de Hurón y del pequeñajo, se encontraba Tony Calhern que abastecía de leña a quien se la solicitaba, y después estaba Timothy Wendice, de unos cuarenta y cinco años y que apenas hablaba.

El alguacil llegó con la pala hasta el ataúd. Al hacerla chocar contra la madera exclamó:

—Ahí está.

Tuvo que insistir bastante para que al fin Hurón se decidiera a ayudarlo a quitar la tapa, cerrada con candado, asegurada por los bordes con clavos ya oxidados, pero que sin embargo conservaba la madera en buen uso.

El alguacil reventó la cerradura, e hizo palanca para que saltaran los clavos de los lados.

Entonces la voz de la señora Munson sonó fantasmal detrás de los reunidos:

—No debiera hacer esto, señor. No debiera hacerlo. No es justo profanar el sueño de los muertos.

Se hizo un silencio absoluto.

—Señora Munson, usted es una de las principales responsables de que muchos crean que el señor Norris vive... Esta mañana usted

misma admitió que «él» estaba vivo —dijo al fin el alguacil.

—Discúlpeme, señor... No puedo olvidar la terrible desgracia que se ha cebado en la familia —replicó la mujer con el mismo aire de misterio.

—Bien, señora Munson. Yo creo que los muertos no regresan y que los cuerpos se corrompen. No creo que al señor Norris le importe lo que estemos haciendo.

—Haga lo que crea oportuno, señor —replicó la mujer fríamente.

Y el alguacil procedió a levantar la tapa del ataúd.

No se produjo el menor comentario por parte de los asistentes al tétrico acto, pero los ojos de todos los reunidos expresaron bien claramente el estupor, el asombro y también una buena dosis de terror.

El ataúd estaba vacío.

Anohecía cuando la pequeña, entre los matorrales cercanos a la casona, estaba jugando.

Un hombre se acercó a ella. Desde lejos no era posible ver de quién se trataba, pero sí podía adivinarse que la muchachita sonreía y parecía encontrarse a gusto con él.

Era, sin embargo, la hora en que Lucy tenía que regresar a casa. La señora Munson no permitía que después de la puesta de sol la niña siguiera a la intemperie y mucho menos en aquellos desapacibles días que, aun sin llover, la temperatura era más bien fría, y la hora de la puesta de sol tenía que adivinarse por el reloj, porque las nubes no le permitían lucir.

—¡Lucy! —gritó la mujer.

Pero la niña estaba siguiendo al hombre que se esfumó entre las rocas en dirección al acantilado.

La señora Munson no podía verla y volvió a llamarla después de asomar por el otro lado del estanque cercano a la casona.

—¡Lucy!

No era ella sin embargo quien aquella vez siguió a la muchacha, sino el propio alguacil.

No se había movido en el resto de la tarde de los alrededores y vio perfectamente a la pequeña y al hombre.

Les vio a distancia y les dejó... Le interesaba más ver qué era lo que iba a suceder y evitarlo en el momento oportuno, pero...

Mientras el alguacil corría por entre las rocas para atajar a la pequeña, alguien desde unos setos le arrojó una piedra de regulares dimensiones.

La pedrada dio en la cabeza del alguacil, que acusando un fuerte impacto perdió pie y fue a rodar unos metros más abajo.

Quedó inconsciente, mientras la niña corría sonriente y con ahínco hacia la cumbre.

Las voces de la señora Munson podían oírse claramente:

—¡Lucy! Es hora de entrar en casa. ¿Dónde te has metido?

Y la pequeña seguía corriendo como una repetición de la noche anterior. Como una continuación de lo sucedido a su hermana.

Era la última de la familia, de una familia en la que todos habían muerto de manera trágica, inesperada...

—¡Lucy!

Y Lucy estaba muy cerca del borde de aquel precipicio que parecía no tener fin.

El sol, que no había lucido en todo el día, ya se había puesto tras las montañas del oeste y la niebla había oscurecido prematuramente la tarde.

Lucy seguía corriendo.

En sus labios se dibujaba un nombre: papá.

—¡No, Lucy!

Era el alguacil.

Recuperado y jadeante llegaba junto a ella.

Lucy dio un paso adelante y por un instante pareció que iba a perder el equilibrio.

Gritó.

Su cuerpecito iba a ser tragado por el vacío.

El alguacil, en un esfuerzo supremo, logró alcanzarla. Lucy quedó medio colgando y gritó desesperadamente.

Quizá en su mente infantil, generalmente incapaz de adivinar los peligros que hacen a la gente mayor más cautos, ella vio la muerte. La vio muy cerca y gritó. Gritó...

Seguía gritando cuando el alguacil la llevaba en brazos.

Seguía gritando cuando la señora Munson llegó jadeante hasta ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mujer.

—Ahora mismo lo sabré... Alguien habló con la niña. No está

lejos de aquí. Cuide de ella, señora Munson. ¡Y que no le ocurra nada a la niña!

—Claro que no, señor... —replicó la mujer asustada.

—Ahora escúcheme bien... Mañana envíe a Lucy a Los Ángeles. Una hermana mía vive allí. Ella cuidará de la pequeña. ¡Hágalo! Esta tarde la he escrito.

—¿Quiere separarme de Lucy? —preguntó la mujer.

—Quiero alejarla de todo peligro... Entre todos habéis pretendido embrujar este maldito agujero, pero los niños no tienen ninguna culpa de vuestras estúpidas supersticiones... No haga que me enfurezca, señora Munson... Yo me cuidaré de hablar con el juez del condado. La situación de la pequeña será debidamente legalizada.

—Yo soy su tutora, señor. El padre de Lucy me la confió. Dijo que si le ocurría algo...

—No tiene documentos, señora Munson. Estoy enterado. Usted no puede retener a Lucy en un lugar como éste... por varias razones, pero si no existiera más que una, aludiría a que la niña aquí no puede asistir a la escuela...

—Está bien. Quizá tenga razón. Si la llevamos a Los Ángeles la..., la salvaremos.

El alguacil se alejó por entre las rocas; iba en pos de algo, en pos de alguien...

Las manos fuertes, encallecidas por el trabajo duro, recias, rojas por la sangre que bullía en ellas, sostenían con firmeza la descomunal hacha.

Era una de las herramientas que utilizaban los primitivos leñadores para cortar los milenarios secuoias.

El hombre se ocultaba entre los setos y esperaba.

Desde su posición podía ver, al alguacil como se acercaba, buscando, intentando encontrar al que se ocultaba entre las cumbres; presentía que pudiera ser el culpable de aquellos extraños suicidios... o acaso crímenes, perpetrados en dos indefensas criaturas.

El alguacil oteó alrededor.

En apariencia no había nadie.

Más atrás unos hierbajos se movieron.

Se volvió.

Fugazmente creyó ver a Lucy.

—¡Lucy! ¿Qué haces aquí?

Detrás suyo se oyó un ruido.

Antes de volverse pudo ver la peña, pero ya era demasiado tarde para evitar su propia tragedia.

El hombre del hacha... Al menos visto por detrás tenía apariencia hombruna. Blandió la herramienta.

La niña gritó.

El alguacil quiso esquivar el golpe, pero el arma, implacable, bajó hacia él.

El suelo se tiñó de sangre.

El hacha volvió a caer pesadamente sobre su víctima.

El alguacil ya no podía decir nada.

Sólo el grito aterrador de la niña:

—¡Papá!

Aquel grito histérico seguía resonando por las colinas, mientras el hacha homicida se ensañaba contra el cuerpo del alguacil.

Lucy echó a correr, sin dejar de gritar.

El viento ahogaba el eco de las montañas circundantes, donde todo era silencio.

Un silencio total, un silencio de muerte.

Nadie supo nunca jamás qué había sido del alguacil.

No fue encontrado ni su cuerpo ni la menor huella de él.

Tampoco nunca se supo de la señora Munson.

En cuanto a la niña...

CAPÍTULO PRIMERO

Los Ángeles, quince años después...

Davy Nolan, desnudo, con una toalla enrollada a la cintura estaba entregado a las manos del hábil masajista.

—Has vuelto a las andadas, Davy. Un masaje no puede hacer milagros —dijo el profesional.

—Pero alivia. Me sienta bien...

—Algún día necesitarás algo más que un masaje —refunfuñó el veterano Sam, del gimnasio de la Rosewood Avenue, del distrito de Hollywood.

—Ese día no llegará, Sam. Se acabó todo. Voy a dedicarme a... descansar.

—No lo creo.

—Me caso pasado mañana, Sam.

—¿En serio? —preguntó el hombre, pellizcando un escaso núcleo de grasa del musculoso cuerpo de Davy Nolan.

—Una ceremonia sencilla y un viaje de bodas de por lo menos tres meses. ¿No me los merezco?

—Enhorabuena, Davy —sonrió el masajista dando una palmada a la espalda de su cliente.

La sesión había terminado. Davy pasó detrás del biombo para vestirse.

—Espero que sientes la cabeza —dijo Sam.

—No gruñas, viejo. Te pasas la vida refunfuñando.

—Me gusta que mis clientes estén en forma.

—Soy un hombre pacífico... Y ahora lo seré más.

Poco después Davy Nolan salió completamente vestido, elegante.

Su aspecto era corriente, igual que su corpulencia. Viéndole con un bien planchado traje, claro de buen corte, y mezclado entre la multitud de Los Ángeles, podía pasar por un hombre cualquiera, un

guionista de los estudios de Hollywood, un escritor, un empleado de Banco, un hombre de la calle...

Se despidió de Sam guiñándole un ojo y salió a la calle.

Un coche moderno le esperaba. Tomó el volante y siguió por la misma por el laberinto de calles hasta el bulevar de Santa Mónica, que ya no dejó hasta el distrito del oeste de Los Ángeles para seguir hasta el de Santa Mónica.

Doce minutos más tarde se hallaba en la Avenida de Colorado.

Detuvo el automóvil en el número 12, delante de una casa de pequeños apartamentos.

Saltó del coche y entró en el primer portal.

Un ascensor automático le llevó hasta el piso séptimo y a través del pasillo llegó al compartimento número 7 – 6.

Llamó con el timbre de campanilla de tres tiempos.

Nadie contestó a la llamada y volvió a empujar el pulsador.

Segundos después la puerta se abrió.

En el umbral apareció una muchacha joven, de ojos grandes y cuerpo perfectamente modelado.

Vestía con un modernismo discreto. La falda por encima de las rodillas, sin exageración, una blusa ceñida al cuerpo que marcaba sus formas sin estridencias, y un cabello rojizo que colgaba hasta los hombros.

Era una muchacha hermosa, veinteañera, pero precisamente por su juventud destacaba la tristeza de su rostro.

Más que triste, su expresión parecía ausente, lejana.

—Lucy... ¿Ocurre algo? —inquirió Davy todavía en el umbral.

Ella avanzó hacia la salita después de cruzar el breve *hall* del apartamento.

—¡Lucy! Te estoy hablando... ¿Acaso lamentas perder tu soltería?

La muchacha se volvió. Sus ojos parecieron hacerse más grandes, más expresivos.

Davy intuyó que algo iba mal.

—¿Qué es, Lucy? ¿Alguna de tus pesadillas?

—No me preguntes, Davy. Por favor...

—Vas a ser mi esposa. Pasado mañana. Todo está arreglado...

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Tras un silencio y como replicando después de una profunda reflexión, ella dijo:

—No, Davy... No podemos casarnos.

—¿Qué estás diciendo?

—No puedo ser tu esposa...

—¡Qué tonterías estás diciendo!

—No, Davy. Sería un error.

—Un error sería haberlo preparado todo y de repente... ¡Vamos, nena! No está nada bien decirle al futuro marido: «Lo siento, todo ha sido una broma...»

Davy le hablaba como a una niña. No porque fuera mucho mayor. Acaso la sacaba siete u ocho años, pero la miraba de forma paternal, comprensiva.

Ella pareció darse cuenta porque no era la primera vez que su prometido adoptaba aquella actitud.

—Davy... Siempre me has tratado como... como si yo fuera una muñeca... Y yo te lo agradezco. No tengo nada que reprocharte. Al contrario. Creo que tú me has enseñado una vida diferente y hasta he sentido la alegría de vivir esa nueva vida...

—Todavía no ha empezado —sonrió él acercándose y tomándola por los hombros.

—No, Davy —ella se apartó casi temblando.

—¿Qué te pasa?

—Sé que no te haría feliz.

—Yo sé que sí.

—No insistas.

—Lucy... Soy mal perdedor... ¿Qué te ocurre? Al cabo de casi un año me sales con esas tonterías.

—No son tonterías. Yo estoy enferma... Tú lo sabes. Siempre lo has sabido, Davy.

—Lucy, ¿quién te ha metido semejante idea en la cabeza? —inquirió él con gesto grave, pero sin perder su aire comprensivo.

Tras un silencio, ella musitó:

—Estuvo a verme el doctor Cordey.

—¿Cordey?

—Sí.

—No le conozco.

—Era médico de mis padres.

—¿Cuándo le viste?

—Hace apenas una hora.

—Y yo en el gimnasio... Me hubiera gustado charlar con él.
¿Dónde vive?

—No lo sé.

—¿Y cómo vino aquí?

—No lo sé... Sabía quién era yo. Estuvimos hablando. Sabía que iba a casarme.

—Sí... Alguna gente lo sabía... Debió enterarse. ¿Y por esto te vino a ver, para aconsejarte que no te casaras conmigo?

—No, Davy. Me habló de cosas extrañas relacionadas con mi familia. ¡Oh, Davy! Tú sabes que no recuerdo absolutamente nada de mi infancia... Para mí la vida empezó a los ocho años, en Los Ángeles. Mi pasado en la niñez siempre fue tabú.

—No es tabú. No lo recuerdas y esto no debe preocuparte, pero tú estás bien. Mírame, Lucy —él la cogió con fuerza por los hombros y la obligó a encararse con él—. Eres una persona perfectamente normal. Y si tienes confianza en mí, debes desechar todas las ideas extrañas que traten de inculparte.

—No son ideas extrañas, Davy. Yo deseo saber. Siempre he deseado saber. Esas pesadillas que me asaltan a veces, ese temor, que tú dices que es infundado. Esas cosas no son normales.

—Encontraré a ese doctor Cordey. Si tanto pretende ayudarte, ¿por qué no apareció antes?

Ahora Davy se mostraba más duro, aunque su actitud no iba dirigida a su futura esposa.

Su mirada iba más allá de las paredes de la pieza.

—No sabía que estuviera en Los Ángeles. Se enteró por los periódicos y vino a verme. El doctor Cordey trató a mis padres y me habló de mis hermanos.

—¿Y qué más te dijo? —inquirió impasible Davy.

—Nada más.

—Pero te aconsejó que no te casaras.

Ella guardó silencio.

—Está bien, Lucy. Si lo que deseas es que aplacemos nuestra boda... No voy a decirte que me alegro, pero respetaré tus deseos. ¡Pero tú estás bien! Métete esto en la cabeza.

El lanzó un suspiro, miró a través de los cristales de la terraza

hacia la ancha avenida que terminaba en la misma playa de Santa Mónica.

—¿De qué más te habló ese doctor, Lucy? —inquirió Davy con suavidad.

—De nada... Trató de hacerme recordar cosas que yo no pude recordar.

—¿Qué cosas?

—Mis hermanos... Nuestra casa.

—Ya... Y tú no recordaste.

—Todo está confuso en mi mente.

—El que no recuerdes no quiere decir que no estés bien, Lucy —murmuró él volviéndose hacia la muchacha.

—Quiero saber... Quiero saber quién soy realmente —suplicó la joven en un sollozo.

—Está bien. ¿Y qué piensas hacer? ¿Por dónde piensas empezar?

—No lo sé, pero déjame. Te lo suplico. Sea lo que fuere, quiero averiguarlo por mí misma.

El se acercó. La tomó por los hombros con dulzura y acercando sus labios a los de la muchacha, la besó.

Al soltarla susurró quedamente:

—Te quiero, Lucy. Eres lo más importante de mi vida. Te quiero.

CAPÍTULO II

Había tres doctores Cordey en la guía telefónica.

Uno en North Hollywood, otro en el distrito de Pasadena y el tercero estaba en la misma Santa Mónica.

Davy Nolan empezó por el más próximo, y lo hizo apenas hubo salido del apartamento de su futura esposa.

El doctor Axel Cordey de Santa Mónica, tenía una lujosa consulta en la Idaho Avenue.

—¿Tiene hora concertada? —inquirió la enfermera cuando el joven apareció en la salita contigua al *hall*.

—No. Se trata de un asunto personal. No tiene nada que ver con la profesión del doctor.

—En este caso tendrá que venir fuera de horas de consulta.

—Es que no puedo esperar, señorita. Se trata de un asunto urgente... —sonrió Davy.

—Lo siento, pero...

Por la puerta de la consulta que comunicaba directamente con el saloncito apareció el médico acompañando a una paciente que salía de visitarle.

Se despidió de la mujer y entonces Davy se colocó delante de él.

—Doctor Cordey...

—¿Quién es? ¿Qué desea? ¿Tiene hora?

Axel Cordey era un hombre de edad madura, de ademanes tan nerviosos como las rápidas y escuetas preguntas que había soltado sin intervalo.

—A mí no me conoce, pero quiero hablarle de una paciente suya. La señorita Lucy Norris.

—No sé... No la recuerdo. Tengo que consultar mi fichero. Por favor, venga en otro momento. Estoy muy atareado.

—Doctor Cordey, tendrá que atenderme ahora. Lo mío también es urgente...

Davy hablaba con absoluta seguridad, como si supiera de antemano que de todos modos el médico iba a atenderle.

—Oiga, pero... —protestó el galeno, y luego sonrió condescendentemente—. Bien, pase usted y sea breve, por favor.

No. El doctor Axel Cordey no era su hombre.

O al menos parecía no serlo y Davy salió de su consulta disculpándose por el tiempo que le había robado.

Se dirigió a North Hollywood con la premura del tiempo para entrevistarse con el segundo doctor Cordey, de neta ascendencia francesa.

Charles Cordey era demasiado joven para haber podido ser el médico de Lucy en su niñez.

Al verle, Davy se excusó.

—Perdone, indudablemente no es la persona que busco.

Y salió para el tercer Cordey.

William Cordey, en Pasadena.

Se trataba también de un hombre entrado en años. Doctor en medicina general y con escasa clientela.

Cuando llegó Davy no había nadie en su consulta y el médico parecía muy enfrascado escribiendo sus *Memorias*, o corrigiéndolas.

—Siéntese... Cuénteme su caso —dijo mirando al joven por encima de los cristales de sus viejos lentes.

—No se trata de mí, sino de Lucy Norris.

—¿Norris...? No... No recuerdo estar en tratos con ninguna señora de ese nombre.

—¿Está seguro? Usted visitó a su familia. Hace años. Quince exactamente, y no en Los Ángeles.

—¡Ah! ¡En Wyoming!

—¿Wyoming?

—Bueno. Yo soy de Wyoming. Ejercía allí, pero las cosas no iban demasiado bien y decidí trasladarme. Tengo una hermana en Pasadena...

Hizo una pausa para añadir:

—Pero no recuerdo a ninguna persona llamada Norris... Tengo un libro, consultaré.

Se levantó y buscó en un estante del que sacó una manoseada libreta con cubiertas de tela.

Buscó mientras decía:

—Soy bastante ordenado. Aquí tengo los nombres de todos mis clientes, aunque sólo les haya visitado una vez. Bueno..., no son muchos... Parece que equivoqué la carrera.

Cerró el libro al fin, negando:

—Lo siento... No existe ese nombre. ¿Quién le envía a usted? ¿Qué le hace suponer que yo pude tratar a esa señora Norris?

—Es una señorita. Y se supone que un médico llamado Cordey la atendió siendo niña, a ella y a su familia y hoy mismo estuvo en su apartamento en Santa Mónica.

—¡Oh! Entonces no soy yo. Se lo aseguro. Apenas me muevo de casa. ¿Le han dado mis señas?

Por toda respuesta, Davy se levantó. Forzó una sonrisa que en él aparecía natural y murmuró:

—Siento haberle robado su tiempo, doctor. Discúlpeme... No me acompañe. Recuerdo el camino.

Poco después y ante la actitud algo extrañada del médico, Davy cruzaba el umbral de la puerta y bajaba el tramo de escaleras para llegar hasta la calle.

Para sus adentros pensó:

«O uno de los tres miente, o el doctor Cordey que habló con Lucy no está en la guía telefónica o ni siquiera es médico».

Subió a su coche y puso en marcha el motor.

Cruzó la avenida de Los Robles para alcanzar la autopista hasta llegar al cruce de Elysian Park; allí enfiló el camino más recto para regresar a Santa Mónica cuando ya anochecía.

Casi empleó media hora en el largo recorrido, y Los Ángeles le pareció demasiado extenso para ser una sola ciudad.

Cuando detuvo el automóvil delante del edificio en cuya séptima planta vivía Lucy, miró instintivamente hacia arriba y le extrañó ver las luces apagadas.

Entró rápidamente y se metió dentro del ascensor.

Cuando instantes después llamó el timbre de campanillas repetidas veces y nadie contestó, su presentimiento quedó confirmado.

Bajó rápidamente la escalera y fue hacia la puerta donde solía estar el portero del edificio, cuando no se hallaba tras el mostrador.

—¡Oiga! —llamó.

Un hombre entrado en años se puso apresuradamente la gorra y apareció en el umbral.

—¿Qué desea?

—¿Dónde estaba usted? Busco a la señorita Norris. No está en su piso.

—La vi salir, señor... Llevaba una maleta consigo.

—¿No dijo dónde iba? —preguntó Davy.

—No; no, señor. Yo salía en aquel momento.

—¿Cuánto rato hace?

—Una media hora, poco más o menos —replicó el conserje.

Davy, sin replicar, salió corriendo a la calle, subió al coche y pisó el acelerador.

Más tarde se hallaba en el aeropuerto. Dejó aparcado el coche y buscó su tarjeta de crédito con la que se dirigió a una de las ventanillas de información.

—¿Hay algún avión para Salt Lake City, en Utah?

—Hace cinco minutos ha salido uno de la Compañía Interamericana.

—¡Cinco minutos! —exclamó Davy—. ¿Cuál es el próximo?

—Espere un momento.

La empleada consultó la guía, y al cabo de unos segundos informó:

—Tendrá que esperar una hora. Es el vuelo 415 de San Francisco, tiene escala en Salt Lake City.

—Gracias.

Davy se dirigió rápidamente a las oficinas de la compañía y sacó un pasaje.

Tenía que esperar una hora...

CAPÍTULO III

Los pasajeros con billetes para las diferentes escalas se apresuraron a colocarse junto a la puerta de salida para dirigirse al aparato, cuyos reactores rugían.

Entre la multitud de gente que llegaba o salía, a Davy le pareció ver un rostro conocido.

¡Sí! Era ella...

—¡Lucy! —gritó.

La muchacha no debió oírle, pero se dirigía también hacia la misma puerta.

Apretujado entre la gente, consiguió aproximarse.

—¡Lucy!

Ella se volvió. Le miró como aletargada.

Reaccionando, replicó al fin:

—¡Davy!

—Lucy... ¿Por qué has intentado marcharte sin comunicarme nada?

Ella guardó silencio.

Los pasajeros iban saliendo en columna por la puerta destinada al vuelo del avión que esperaba.

Más tarde los dos se habían acomodado en un asiento, doble. Ella ocupaba el lado de la ventanilla.

La señal luminosa con el ruego de que los pasajeros se abrochasen los cinturones para el despegue apareció en el indicador.

El aparato se deslizó por la pista hasta remontar el vuelo.

—Tú has sabido siempre la verdad —musitó ella.

—¿Cuál es la verdad? —repuso el joven.

—Vas a Utah... Creíste que yo iría también.

—Y pensé que me llevabas una hora de ventaja.

—¡Davy! ¿Por qué no me lo dijiste? Tú conoces mi infancia...

—No —repuso él.

—Entonces, ¿cómo sabías que yo me dirigiría a Salt Lake City?

—Porque ese doctor Cordey que no aparece en ninguna guía debió hablarte de ello.

—Me habló de un lugar llamado Winston Flag.

—Sí.

—Dijo... o dio a entender que allí existe la casa donde yo nací.

—Eso es cierto.

—Tú lo sabes.

—De un modo confuso, Lucy. Yo no estaba allí.

—Entonces...

—Es una larga historia, querida.

—¿Por qué no me hablaste de ello? —replicó ella con un leve reproche en su voz.

—¿De qué iba a hablarte?

—De mi niñez... De todo lo que sabes.

—Sé muy poco. Unicamente que naciste en ese lugar denominado Winston Flag, y nada más. No te hablé de ello porque eres tú, por ti misma, quien debe recordar el pasado, sin que nadie te atosigue a ello.

—Pero pudiste... —empezó Lucy.

—No, querida —atajó él suavemente—. No podía nombrarte ese nombre sin darte más detalles. ¿Comprendes? En tu caso era mejor dejar las cosas tal como están o... esperar a que tú lentamente pudieras recordar.

—Winston Flag —repitió ella como en sueños—. Tú me lo nombraste no hace mucho.

—Es cierto —admitió él.

—Dijiste que iríamos durante nuestra luna de miel.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que intentaras recordar... pero sin forzarte por mi parte. Eso es todo.

—¿Qué pasó allí, Davy? ¿Qué hay en mi vida?

—No lo sé.

—Algo debió ocurrir, Davy. El doctor Cordey dice que es cosa de familia.

—Ese doctor Cordey me está resultando muy antipático —sonrió

él.

—No, Davy. Tú sabes que él me dijo la verdad.

—¡Otra vez con la verdad! ¿Qué verdad puede decirte ese hombre?

—Que no estoy buena.

—Estás perfectamente.

—Es mi cabeza, Davy. No rige bien. Lo parece, pero tengo enfermo el cerebro. Es una enfermedad hereditaria.

—Pero...

—Davy... Te lo suplico. Si sabes algo...

El guardó silencio. Su rostro se tornó serio, circunspecto.

—Davy —insistió ella—. ¿No lo comprendes? Tengo miedo... Mucho miedo, Davy.

—¿Miedo de qué, Lucy? Estoy a tu lado. Nada puede ocurrirte.

—Tú no puedes ayudarme en esto.

—¿Por qué no?

—Porque...

Ella pareció no atreverse a decir lo que estaba pensando.

Davy le apretó el brazo y con su mirada comprensiva le infundió ánimos.

—¿Qué te pasa, Lucy?

—Davy —dijo ella, al cabo de un silencio—. El doctor Cordey insinuó que yo..., que yo...

Tragó saliva y ahogó un sollozo.

—En nombre del cielo, Lucy... ¡Habla!

—Insinuó que yo... podía estar loca. Como mi familia.

—¡Lucy! ¿Cómo puedes creer...? ¡Dios mío! ¡Cómo me gustaría echarle la vista encima a ese doctor Cordey!

Ella tenía la mirada fija hacia delante. El avión estaba ya en pleno vuelo y las disminuidas luces del inmenso Los Ángeles quedaban atrás.

¿Qué ocurriría en Winston Flag?

¿Qué ocultaba aquel villorrio entre montañas del Estado de Utah?

¿Tendría algo que ver el viejo misterio de la casona de los Norris con los tiempos actuales?

Los dos permanecieron pensativos.

El avión seguía su rumbo.

CAPÍTULO IV

Eran las nueve de la noche cuando en el mismo aeropuerto de Salt Lake City, Davy y la muchacha tomaron el taxi.

—¿Puede llevarnos a Winston Flag? —preguntó él.

El taxista les miró a través del retrovisor.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó.

—Winston Flag. Está hacia el norte.

—Nunca oí ese nombre.

—Tiene que dirigirse hacia Ogden y Bringham, luego hacia el este como si quisiera cruzar la frontera para llegar a Wyoming. Hay una localidad llamada Burntown.

—Sí. Creo que sí... —replicó el taxista extrañado. Cuando el vehículo se puso en marcha, ella murmuró:

—Tú estuviste antes.

—Sí.

—¿Y viste la casa donde yo nací?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y qué hubiera sacado con ello?

—Ayudarme.

—No, Lucy, y creo que haces mal forzando tus recuerdos. Todo debe llegar por sus pasos contados. Es mejor.

—Davy... Si mi mente funcionara, yo no tendría dificultad en recordar el período de vida que pasé ahí. Ni siquiera sé cómo eran mis padres... Es como si no los hubiera tenido nunca.

Se detuvo un momento y enarcó las cejas como si súbitamente recordara algo.

—¿Qué ocurre? —inquirió él.

—No sé... Acabo de nombrar a mis padres...

Vaciló de nuevo.

—No te esfuerces. Es mejor.

—¿Por qué? ¿Acaso hay peligro de que mi cerebro empeore?

Hablaba con voz natural y el chófer podía oír perfectamente, por lo que no quitaba ojo del retrovisor para mirar a la muchacha.

El le apretó nuevamente el brazo como si quisiera indicarle que no tenía nada que temer; que estaba a su lado y que la protegería de cualquier contratiempo.

—Tengo miedo —dijo ella, al fin, en un susurro.

El taxi bordeaba la solitaria carretera del Desierto del Gran Lago Salado.

Bordearon dos localidades durante la ruta.

Ella miraba a ambos lados como si intentara recordar.

A través de aquella llanura que parecía no tener fin, creyó recordar algo...

Otro automóvil.

El paisaje era el mismo, quizá habían construido uno o dos moteles a lo largo de los últimos kilómetros.

Sus oídos creyeron percatar una voz infantil... Quizá la suya propia:

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esto?

¿Lo había dicho realmente ella en otra época?

Intentó pensar en la persona que la acompañó cuando hizo por primera vez el viaje, pero delante de sus ojos tenía como una nube que le impedía ver con claridad.

—¿Quién me condujo a Los Ángeles, Davy? ¿Lo sabes tú? —preguntó al fin a su prometido.

—Un hombre llamado Hurón. Es todo lo que sé.

—¿Es...? ¿Pertenece a mi familia?

—No. Era un amigo...

Nuevo silencio.

Ogden quedó atrás y ahora la carretera seguía siempre la ruta del norte en dirección a Bringham.

Detrás del taxi iba un coche que no parecía tener intención de pasar.

El chófer miró un par de veces y hasta aflojó la marcha, pero el automóvil también aminoró.

—Oíga... No es por nada, pero ese coche que llevamos ahí detrás... —empezó.

—Siga conduciendo —atajó rápidamente Davy.

—Bueno... Pero es que... no quisiera verme en ningún lío, ¿comprende? Soy un modesto conductor. El taxi ni siquiera es mío. Hago el turno de noche y bueno... A veces se oye hablar de cosas.

Ella se había vuelto.

—¿Crees que nos siguen? —preguntó.

—No lo sé.

El taxi siguió todavía por la recta durante algunos kilómetros, hasta que Davy, mirando de nuevo hacia el vehículo que seguía detrás, ordenó:

—Deténgase en la cuneta.

El chofer pisó rápidamente el freno como si fuera el más interesado en salir de dudas.

El otro automóvil aminoró momentáneamente la marcha hasta que su conductor aceleró y prontamente pasó a la izquierda del taxi a bastante velocidad.

El chófer lanzó un suspiro.

—No. Parece que no nos seguía —dijo.

Davy no hizo ningún comentario, pero su ceño se frunció. A su lado, Lucy seguía silenciosa, asustada...

Bringham quedaba bastante atrás y la carretera secundaria se adentraba ya en la cadena montañosa.

La noche era cerrada, oscura y ningún vehículo cruzaba, ni seguía delante ni atrás.

En medio de aquella ruta se tenía la sensación de que no existiera más mundo, ni civilización, nada, sólo silencio. Un silencio y una soledad que a Lucy le dio escalofríos.

Davy notaba su nerviosismo.

Las manecillas del reloj señalaban las once de la noche.

—¿Qué hay en ese lugar adonde van? —preguntó el chófer, como si deseara oír la voz de alguien.

—Nada —fue la escueta respuesta de Davy.

—¿Nada? No es mucho.

—La señorita nació allí.

—¡Ah! ¡Es extraño! Nunca oí nombrar ese sitio... Winston Flag, ¿eh?

—Sí.

—Estamos ya cerca de Burntown... Es un pueblo pequeño y en invierno hace un frío que se las trae.

—Lo sé —replicó de nuevo Davy, tajante.

El chófer guardó silencio y ella preguntó quedamente:

—¿Cuándo estuviste por última vez?

—Hace bastante tiempo, pero no creo que haya cambiado.

—¿Por qué fuiste? —preguntó ella con curiosidad.

—Para... un asunto personal —contestó Davy ambiguamente.

Otro silencio.

Ella, al fin, soltó una nueva pregunta.

—Davy..., cuando nos conocimos, ¿tú sabías ya quién era?

Quiero decir si conocías mi pasado.

—Yo no conozco tu pasado.

—Pero sabías que había nacido en Winston Flag —insistió Lucy, mirándole fijamente.

Lentamente, Davy asintió con la cabeza mientras replicaba:

—Sí, Lucy, lo sabía.

CAPÍTULO V

—¿Winston Flag? —inquirió el noctámbulo que salió del bar que parecía sacado de una película del Oeste.

—Sí —repuso el chófer—. Vamos allí.

—Deben estar locos de atar... Está a cien kilómetros. Nadie va ya allí, amigo... Si quiere escuchar un consejo, dese la vuelta.

El chófer se volvió hacia sus dos pasajeros. Davy asomó la cabeza y adujo a su vez:

—No queremos saber su opinión, sino que indique al chófer el mejor camino.

El noctámbulo se encogió de hombros.

—Nunca he ido... Pero sé que es por ahí —e hizo una señal ambigua con la mano derecha—. Tienen que dejar la carretera y meterse en un camino tortuoso... Está bastante alto, pero no hay nada, absolutamente nada, sólo fantasmas.

El hombre, con otro ademán, se alejó.

El chófer se volvió hacia sus pasajeros.

—Es casi medianoche... Creo que podrían ustedes continuar mañana... Si el camino está en malas condiciones tal vez se produzca alguna avería... Esto es un taxi, no un *jeep*.

Davy comprendió. Aunque el chófer no lo dijera claramente, era obvio que sentía un poco de respeto, si no miedo de una forma declarada.

—Está bien... Tiene razón. Es tarde. A la luz del día, las cosas se ven mejor... Llévenos a un hotel.

—Sí, señor... Antes había uno por ahí, al doblar la esquina —y acabó de decirlo poniendo el coche en marcha.

Dio la vuelta a la calle pésimamente asfaltada y enfiló en dirección opuesta hasta la manzana inmediata donde dobló a la izquierda.

El hotel, con una luz sobre un cartelón de madera que colgaba a

modo de banderola estaba al final de la calle.

El chófer les dejó en la puerta.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Davy.

—Bueno..., está a la vuelta... Deme cuatrocientos dólares y no, hablemos más.

Davy pagó y sacó del portaequipajes el maletín de Lucy y rápidamente entraron al desierto hotel.

No había nadie.

Después de llamar con un anticuado timbre, apareció un viejo renqueante que les miró de pies a cabeza.

—¿Qué desean?

—Dos habitaciones..., contiguas, si puede ser.

—¿No son casados? —preguntó el viejo, más atento al escote de la muchacha que a otra cosa.

—No, no somos casados. Denos esas habitaciones.

—Humm. Déjeme ver... No sé si habrá dos libres que estén contiguas.

Buscó en un libro con estudiada parsimonia.

—¿Está muy lleno? —preguntó Davy, que se temía que toda aquella comedia del viejo no era más que eso, una comedia.

El hombre no contestó.

—Creo que no puede ser... Tengo una en el primer piso y otra en el segundo.

Ella se había vuelto hacia la puerta y vio entonces el coche.

—¡Davy! —exclamó en un susurro.

El se volvió.

—Creo que es el mismo coche que vimos en la carretera.

Davy frunció el entrecejo y abandonando momentáneamente al viejo y extraño recepcionista, salió al umbral de la puerta.

El automóvil negro parecía en verdad ser el mismo que les seguía por la carretera, casi una hora antes.

Salió a la calle para cerciorarse de que el coche estaba vacío.

Miró en ambas direcciones y tampoco vio a nadie.

Asomó por la esquina y la calle permanecía igualmente desierta.

Resultaba extraño porque apenas hacía unos minutos que habían entrado y cuando lo hicieron el taxi había parado delante de la puerta y aquel vehículo no estaba allí.

Davy volvió a entrar.

El viejo acodado en el carcomido mostrador miraba descaradamente el escote de la muchacha, que se retiró al darse cuenta de aquella insistencia.

—Oiga... Ese coche que está ahí... ¿Pertenece a algún cliente del hotel? —preguntó Davy señalando la puerta.

—Humm. No sé. Yo no me ocupo de saber si los clientes tienen o no tienen coche —repuso el viejo, poco amable.

—Ya...

—¿Les interesan esas habitaciones?

—Si no tiene otras...

—No las tengo. Son seis dólares por día y persona. Pago por adelantado. Es la costumbre.

—¿Está seguro de que no tiene otras habitaciones? —preguntó Davy.

—Ya se lo he dicho.

—Está bien. Nos quedamos con ésas.

—Firmen —replicó el hombre.

Resultaba un tipo repelente. Su camisa precisaba de un buen lavado y también su piel dejaba bastante que desear.

El vestíbulo del hotel, con muebles simples y paredes de madera que necesitaban una buena mano de pintura, tenía el aspecto de ser una construcción del siglo pasado y era fácil imaginarla con vaqueros o leñadores, tomando ron en la barra del bar cerrado que estaba en el fondo, y de esporádicos viajeros sentados en las mecedoras de madera, esperando la hora de la cena o el momento de acostarse.

Davy pagó doce dólares sin dejar ni un centavo de propina.

El viejo descolgó un par de llaves, comprobó el número y salió del mostrador sin hacer la menor indicación de que quisiera tomar la maleta que Davy había dejado en el suelo.

—Síganme... Aquí no hay ascensor.

Cuando llegaron al primer piso se detuvieron.

—¿Dónde quiere dormir, señorita? —inquirió el hombre.

—Será mejor que te quedes aquí. Yo subiré arriba —aconsejó Davy.

Ella asintió.

El hombre siguió delante y abrió la segunda puerta del corredor. La habitación no podía ser más simple. Una cama, un lavabo,

una cómoda y una silla, además del perchero, colocado detrás mismo de la puerta y clavado en sus propias tablas.

Sin embargo, parecía limpia.

—Buenas noches —susurró ella.

—Descansa, Lucy... Saldremos mañana temprano. Intentaré alquilar un coche... ¿Se pueden alquilar coches aquí? —preguntó Davy al hombre del hotel.

—Depende de adónde vaya.

—A Winston Flag.

—Humm... Dudo que Oliver le preste el coche para dirigirse ahí —repuso el tipo.

—No se trata de un préstamo. Voy a pagar.

—Hay cosas que no se pagan, amigo. Venga conmigo si quiere que le muestre el cuarto.

El segundo piso era de techo más bajo y parecía aprovechado y utilizado sólo en casos de una muy improbable aglomeración.

Había sólo cuatro puertas que correspondían a otras tantas habitaciones y la que el hombre mostró a Davy era bastante más pequeña que la de Lucy.

No tenía ni siquiera cómoda ni lavabo.

—Si quiere asearse tendrá que bajar al otro piso. La puerta de los lavabos está al final del pasillo. Buenas noches.

Y el hombre cerró la puerta.

Davy se aproximó a la ventana y miró a la calle. La habitación daba a una esquina y no podía ver el automóvil aparcado en la puerta.

Salió de nuevo y bajó la escalera deteniéndose en el primer piso para observar la puerta tras la cual estaba encerrada Lucy.

Salía luz por debajo del resquicio.

Siguió su camino y salió a la calle, cuando el hombre del mostrador estaba examinando la firma que Davy había estampado.

Allí no decía Davy Nolan, sino Davy Smith.

El nombre de la muchacha figuraba completo: Lucy Norris.

CAPÍTULO VI

El automóvil negro seguía solitario y las calles desiertas.

Davy permaneció al borde de la acera fumando un cigarrillo en actitud pensativa.

El viejo que les había atendido cerró el libro y se dirigió al teléfono para efectuar una llamada telefónica.

De una de las puertas del corredor del primer piso surgió un hombre; después de asegurarse de que nadie podía observarle se encaminó hacia la habitación de la muchacha, de la que continuaba saliendo luz por el resquicio lindante con el suelo.

Llamó suavemente con los nudillos.

—Señorita Norris —musitó.

En el interior de la habitación, la muchacha quedó un momento indecisa mientras el hombre repetía la llamada.

Al fin se decidió a abrir la puerta.

Davy continuaba en la calle.

Concluyó su cigarrillo y volvió a echar un vistazo alrededor.

Consultó el reloj.

Eran las doce y veinte minutos. Volvió sobre sus pasos y se fijó en las ventanas del edificio.

Había sólo una ventana iluminada. La de Lucy.

Al fijarse fugazmente en ella, a través de la fina cortina vio la silueta de la muchacha, pero vio también una segunda forma. ¡La de un hombre!

Rápidamente se dirigió hacia la puerta de entrada. Cruzó como una exhalación el vestíbulo del hotel y subió de tres en tres los escalones hasta llegar al corredor.

Cuando estuvo delante de la puerta de su prometida, accionó el pulsador. Estaba cerrada.

Llamó con vehemencia.

—Lucy, soy Davy. Abre, por favor.

Ella no se hizo esperar.

¡Estaba sola!

El miró alrededor el cuarto. No había mucho que ver y una ligera ojeada bastaba para comprobar que no había nadie escondido.

—Lucy, ¿quién estaba contigo, antes?

—Nadie, Davy. ¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Nadie? —murmuró él, sin disimular su extrañeza.

—¿Qué te pasa, Davy? —preguntó la joven a su vez.

—Lucy... Yo estaba en la calle. Quería ver si aparecía el propietario de ese coche negro... Miré hacia arriba y... vi tu ventana. Me pareció que alguien estaba contigo.

Podía haber dicho: «Estaba seguro», pero esperó a ver qué contestaba su prometida.

—Llamaron a la puerta, Davy. Pensé que eras tú, pero al abrir, no había nadie —repuso ella.

—¡Ah!

—Quizá te confundiste de habitación.

—Sí, sería eso —repuso Davy, sin convencimiento.

—Buenas noches, querido.

—Que descanses, Lucy. Mañana te llamaré... temprano.

—Sí, Davy.

—Adiós.

La tomó entre sus brazos y al ir a besar ella rehusó levemente, pero al fin, ante la insistencia del hombre, se entregó de lleno entre sus brazos.

Al soltarla, Davy murmuró otro: «Buenas noches».

Después desapareció de la habitación para dirigirse a la escalera y subir hasta el segundo piso.

Cuando Davy se hubo encerrado en su dormitorio en el corredor del primer piso volvió a aparecer el hombre que antes había llamado al cuarto de Lucy.

De nuevo se encaminó hacia la habitación y llamó suavemente.

—Señorita, soy yo —dijo.

Ella le franqueó la entrada.

—Pase, doctor Cordey —invitó la joven.

El hombre traspuso el umbral y ella cerró la puerta enseguida.

—¿Ha hablado con usted? —inquirió el recién llegado.

—Sí.

—No le ha dicho que era yo el que estaba aquí, ¿verdad?

—No, doctor, pero nos vio desde la calle.

—Lo supuse.

—No me gusta mentir, doctor Cordey. No sé porqué le he hecho caso.

—Escuche, señorita Norris, cuando le dije que para curarse debía ir en busca de su pasado, le advertí que fuese usted sola.

—Sí. Venía sola, pero Davy lo imaginó y me siguió. No me arrepiento, doctor. Davy iba a ser mi esposo, me quiere y yo confío plenamente en él.

—Debe andar con mucho cuidado, señorita Norris. Yo la aviso por su propio bien.

—¿Por qué? Usted habló de mi cerebro. De una posible lesión.

—No es una lesión exactamente, al menos en términos médicos. Simplemente está enfermo y no sanará hasta que usted se enfrente con la realidad..., pero insisto en que debe ser sola. Usted sola.

—¿Qué daño puede hacerme el que Davy venga conmigo?

El doctor Cordey quedó pensativo.

Era un hombre de estatura corriente, más bien enjuto; de ojos grandes e incisivos.

Se pasó una mano por la barbilla y murmuró al fin:

—No lo sé, señorita Norris. De veras que no lo sé.

—¿Qué es lo que ocurre exactamente, doctor Cordey? —preguntó ella, tras un leve silencio—. ¿Por qué todo está enmarcado en ese absurdo silencio? ¿Qué peligros pueden acecharme y dónde están?

—Tampoco puedo contestarle a esta pregunta, señorita Norris, pero de veras que hubiese preferido que siguiera mi consejo al pie de la letra, viniendo completamente sola.

—En Los Ángeles habló usted de una enfermedad congénita. De algo hereditaria, y ahora me habla además de peligros... ¿Peligros materiales? ¿Quién puede querer hacerme daño?

El hombre sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Lo siento. Ojalá pudiera decirle más.

Dio la vuelta y se dirigió hacia la salida. Se volvió para decir:

—Y por favor. No hable a nadie de mí. Quiero decir que no

explique que yo la he advertido, ni que la he hecho venir. Si no puede evitar que su prometido la acompañe es igual, pero tenga siempre los ojos bien abiertos. Si necesita algo, yo nunca estaré lejos de usted.

Sin esperar respuesta abrió la puerta, miró el corredor y avanzó hacia la habitación de la que había salido.

Era un dormitorio normal y corriente.

CAPÍTULO VII

—Lo siento, amigo. No puedo alquilarle el coche.

La respuesta provino del propietario del único garaje y taller de reparaciones de Burntown, la pequeña localidad más próxima a Winston Flag.

Davy asintió, pero sin darse por vencido preguntó:

—¿Por cuánto suele alquilarlo normalmente? Pienso darle el doble... Es posible que sólo lo necesite para un par o tres de días; o puede que menos.

—¿Para ir a Winston Flag? —sonrió el propietario, hombre de mediana estatura, de aspecto desconfiado y cara de luna.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Vivimos mil personas en Burntown, amigo. Aquí cuando uno estornuda en un cabo del pueblo, las novecientas noventa y nueve restantes dicen: «Jesús», desde el lado opuesto.

—Ya. Así que... ¿ni por el doble?

—Hay muy mal camino hasta Winston Flag. Seguro que pincharía los neumáticos y se quedaría en mitad del camino.

—Deme una rueda de recambio.

—No tendría bastante con una... Además, podría calársele el motor... Tengo que reparar el coche a fondo. Lo siento.

—Más lo siento yo.

—¿Busca algo especial en Winston Flag?

—¿Le importa mucho lo que pueda buscar?

—Era una pregunta.

—Está bien. La mujer con la que voy a casarme nació allí. Se llama Lucy Norris.

—¡Oh! Creo que oí ese apellido en alguna parte.

—En Winston Flag, seguramente.

—No. Yo no he estado nunca allí.

—Bueno, amigo. Necesito llegar allí. ¿Cómo puedo ir? Está casi

a cien kilómetros.

—Cierto.

—¿Qué medios hay?

—Ninguno. Las piernas. Tendrá que ir a pie.

—Cien kilómetros a pie, ¿eh?

El del taller sonrió y se encogió de hombros como si quisiera decir: «Lo tomas o lo dejas».

Davy se alejó.

Al caminar por una de aquellas calles finiseculares observaba a derecha e izquierda.

Pensó que si era cierto que Burntown tenía mil habitantes, aparentemente parecía haber muchos menos.

Apenas si se cruzó con nadie por la calle, mientras deambulaba intentando encontrar una solución.

Pero entretanto, en el hotel, Lucy, sentada en el vestíbulo, vio cruzar al doctor Cordey.

Al acercarse, el hombre le dijo quedamente:

—Salga y reúnase conmigo en la calle de atrás. Sólo tiene que dar la vuelta al edificio.

Ella vaciló antes de hacerlo.

En el mostrador, el viejo del hotel, quizá, con menos años de los que su rostro surcado de arrugas y su cara lasciva demostraban, miraba las rodillas de la muchacha como un náufrago miraría la orilla próxima.

Lucy decidió seguir al doctor, que ya había desaparecido del portal.

Dio la vuelta a la esquina para seguir hasta la parte trasera, formada por una calle algo más estrecha, pero igualmente rectilínea.

Allí estaba Cordey dentro del automóvil negro que la noche anterior estaba aparcado delante del hotel.

—¡Doctor! —exclamó ella—. Fue usted el que nos siguió anoche, ¿verdad?

—Bueno... Supuse que se habían dado cuenta —rezongó el hombre.

—¿Por qué? ¿Por qué nos seguía?

—Quería asegurarme de que se dirigía aquí. Esto es todo.

—Entonces... tomó el avión ayer mismo. No le vi.

—Posiblemente me anticipé. Salía uno antes del suyo.

—Sí. Se me escapó.

—De todos modos estaba seguro de que usted vendría. La esperé en el aeropuerto. La hubiese acompañado yo mismo, pero al ver que no venía sola...

—¿Por qué le estorba mi prometido?

—No es que me estorbe... Ande, suba. La llevaré a Winston Flag.

—¡Oh, no! Iré con Davy.

—No podrá ir con él.

—¿Por qué no? Ha ido a alquilar un coche.

—Sólo hay un par de taxis en Burntown y no querrán llevarle. Tampoco le alquilarán un coche.

—¿Por qué?

—Nadie quiere ir a Winston Flag.

—¿Por qué? —volvió a preguntar ella llena de asombro, de dudas y de un cierto temor.

—Quizá usted pueda ayudar a desentrañar el misterio.

—No iré con usted, doctor... A menos que lleve también a Davy —dijo ella, al cabo de un silencio.

—No. Tiene que ser sólo usted —repuso el médico, con terquedad y decisión.

—Entonces, vaya solo.

—Señorita Norris, todo esto es por su bien. Hágame caso.

Ella no dudó al negar radicalmente con la cabeza.

Al fondo de la calle apareció Davy y la vio.

—Ahí viene —dijo ella.

El médico volvió la cabeza.

—¿Se decide? —preguntó.

—No.

—¡Suba! Aún es tiempo.

—No. Déjeme —replicó ella.

—¿De veras no quiere conocer su pasado? —insistió tenazmente Cordey.

—Sí.

Davy se aproximaba.

—Ahora es una buena oportunidad. Conmigo no le ocurrirá nada.

—Ni con Davy tampoco.

—Recuerde su cerebro. No funciona normalmente. Si siente verdadero amor por ese hombre, ofrézcale un paso sin puertas cerradas.

El estaba más próximo.

Lucy dudaba.

—¡Vamos! Tal como está no puede casarse. Su matrimonio no sería válido.

—¿Por qué?

—Es una enferma, Lucy.

Davy ya estaba a mitad del camino. Unos sesenta metros o menos y andaba deprisa.

—Suba, Lucy.

Seguían las dudas por parte de la muchacha.

—No hay ningún mal en que Davy sepa la verdad.

—¡Y usted que sabe cuál es la verdad!

—¡Davy! —gritó ella.

El apresuró el paso.

—No debió llamarle. ¡Suba! Es su vida la que está en juego, no la de él.

—Le quiero.

—¡Suba!

—¡Davy!

El estaba demasiado próximo, Cordey ya no esperó más. Cerró de golpe la portezuela delantera del coche que hasta entonces había mantenido abierta y dio gas.

El coche saltó materialmente hacia delante, casi al mismo tiempo que Davy llegaba hasta allí.

CAPÍTULO VIII

—No tiene sentido —murmuró Davy pensativo—. Sin embargo, es bastante significativo que ese hombre me rehúya.

—¿Por qué crees que lo hace? —preguntó ella.

—No lo sé. Pero no se comporta como un médico.

—Tienes razón. Sin embargo, parece muy interesado en ayudarme.

—¿Seguro que quiere ayudarte? —preguntó Davy mirándola fijamente a los ojos.

—Ya no lo sé, Davy. Ya no lo sé.

Se hizo un silencio.

Estaban los dos en el vestíbulo del hotel, solos, porque el que parecía único responsable de todo, el viejo zarrapastroso, se había ausentado.

—Tenemos que ir a Winston Flag... Si es que sigues dispuesta —dijo Davy.

—Yo sí lo estoy.

—¿Seguro?

—Sí, Davy. Más que nunca. Quiero saber exactamente qué hay de malo en mi pasado.

—Iremos.

—¿Cómo?

—Hay un medio. Es más caro, pero también resultará mucho más rápido. No te muevas. Voy a hacer una llamada telefónica.

Davy la dejó para dirigirse al teléfono.

Marcó un número y esperó unos momentos.

Una hora más tarde en las afueras de la localidad y en un descampado llano de gran extensión, descendía un helicóptero.

Una vez en tierra, el piloto asomó:

—Sólo disponemos de éste. Les llevaré donde deseen y ya me

dirán cuándo tengo que recogerles.

—Pues no lo sé. Pero puedo llamar por teléfono. Creo que en Winston Flag hay una línea.

—¿Winston Flag? ¿Se refiere a esas cuatro casas desperdigadas entre las colinas?

—Sí.

—Lo siento, creo que había sólo una línea telefónica, pero se estropeó y nadie reclamó para que la compusieran. De hecho es un lugar muerto. Casi no vive nadie y los que viven, nadie sabe qué demonios hacen allí.

Lucy cambió una mirada con Davy.

Subieron al helicóptero en el asiento trasero, inmediatamente después del que ocupaba el piloto, que tras cerrar la portezuela elevó el aparato.

—Ustedes dirán el tiempo que desean permanecer allí.

—Vénganos a recoger esta noche. Regresaremos al hotel de Burntown. Si necesitamos volver al día siguiente ya se lo diríamos.

—Muy bien —repuso el piloto.

El helicóptero tuvo que remontarse a bastante altura para atravesar la primera cadena montañosa que únicamente dejaba un pequeño resquicio.

Era un cañón pronunciado, no de la magnitud del Bryce Canyon, pero sí de bastante profundidad. Por él serpenteaba una pésima carretera que en parte daba la razón a los que no querían aventurarse a ir en automóvil.

Alguna que otra vez el helicóptero descendió. El piloto estaba acostumbrado a hacer recorridos turísticos sobre otras zonas y era necesario aproximarse a los lugares más notables, donde pudiera volarse a baja altura para que los visitantes gozasen de las bellezas naturales del Estado, uno de los más altos de la Unión.

A lo lejos, como una gran mancha azul, se divisaba la silueta del Gran Lago Salado, que a pesar de hallarse enclavado a más de dos mil metros de altitud, sus aguas eran más salobres que las del mar.

Pero ni Davy ni Lucy iban en calidad de turistas.

A ambos les devoraba la ansiedad y la curiosidad, aunque él lo disimulaba perfectamente.

A medida que el helicóptero avanzaba, arañando casi las crestas de otro monte y aproximándose a Winston Flag, el corazón de la

muchacha latía con más fuerza, mientras su cerebro trataba de recordar.

En las cuatro casas que formaban la plazoleta de la localidad, cuatro vetustos y ennegrecidos edificios donde moraban los escasos habitantes del villorrio, tres hombres miraron hacia el cielo al ver aparecer el helicóptero.

Dos eran jóvenes, de aspecto semisalvaje. El otro, de más edad, era un tipo pequeñajo de ojos saltones y asustadizos. Con quince años más auestas, aparentaba unos cincuenta, tal vez menos debido a su débil complexión.

Si Lucy hubiera tenido la facultad de recordar su niñez, tal vez habría reconocido a aquel hombre como al chófer de la furgoneta donde se llevaron el cuerpo de su hermano primero y el de su hermana una semana más tarde, ambos despeñados desde lo alto de uno de los picos más peligrosos de Winston Flag.

Por la abrupta carretera, el automóvil negro del doctor Cordey corría todo lo aprisa que era posible, pero el helicóptero, a pesar de haber salido con una hora de retraso, le dio alcance y estaba llegando ya a uno de los pocos lugares propicios, si no para tomar tierra, sí para que los viajeros pudieran apearse.

Davy y Lucy descendieron del aparato.

—¿Les parece bien a las siete? —dijo el piloto.

—Bien. No es mala hora —repuso Davy.

—Que les vaya bien por aquí, aunque no hay mucho que ver. Desde el aire se puede advertir todo de una ojeada.

—A veces se ven mejor las cosas en tierra firme —sonrió Davy.

El piloto agitó el brazo y remontó el vuelo.

Al fondo de la pequeña explanada, los dos jóvenes y el pequeñajo observaban a la pareja de recién llegados.

A los dos jóvenes se les unió un tercer personaje, Tony Calhern, considerablemente envejecido. Ya no proveía de leña a nadie.

También apareció Timothy Wendice, arrastrando sus sesenta años bien llevados. Parecía el prototipo de hombre que lleva una vida metódica, saludable, sin excesos.

Se mostró tan silencioso como siempre.

—¿Quiénes son? —preguntó uno de los jóvenes.

—Ya lo sabremos. Te apuesto a que vendrán a preguntarnos cualquier cosa.

Calhern fijó sus ojos en la muchacha. No. No era posible reconocerla.

El paso del tiempo se nota menos en una persona de edad madura, pero en una niña el cambio es demasiado importante.

El pequeñajo también tenía la mirada puesta en la chica, y Timothy no era menos.

Los dos jóvenes lanzaron un silbido casi al mismo tiempo. Sobre todo cuando el viento levantó suavemente la falda de la muchacha.

Lucy y Davy llegaron junto a la gente.

—Buenos días —saludó él.

—Buenos días —replicó el pequeñajo.

—Estuve aquí hace algunos años —dijo Davy sin dirigirse a nadie en particular—. En aquella ocasión me acompañó el comisario Stornell.

Uno de los jóvenes sonrió con insolencia, al tiempo que sin quitar ojo de Lucy exclamaba:

—¡Ahora viene mejor acompañado!

—No cabe duda... Es la señorita Lucy Norris. Supongo que los más viejos recordarán... por lo menos su nombre.

—¡Lucy! —exclamó el pequeñajo como si viera una aparición.

El propietario de la leñera, Tony Calhern, enarcó las cejas. Su faz misteriosa y taciturna expresó un ligero cambio para musitar algo ininteligible entre dientes.

Timothy fue el único que haciendo una excepción a sus costumbres se volvió más locuaz.

Su rostro se iluminó con una breve sonrisa.

—Hola, Lucy... Es posible que no me recuerdes, pero yo... Bueno... Soy tío Timothy. Solías llamarme así.

—¿Tío Timothy? —inquirió ella intentando forzar su memoria.

—Disculpen, señores. Venimos algo cansados —cortó Davy.

—¿Adónde piensan ir? —preguntó Calhern.

—Por supuesto a la casona de los Norris. Parece que sigue perteneciendo a la familia. Lucy tiene los papeles en regla. Cada año ha pagado los impuestos.

La joven cambió una mirada con Davy como si quisiera decirle que no sabía de qué estaba hablando.

Davy la cogió por el brazo y pasó por entre el quinteto de curiosos.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo? —preguntó Timothy.

—No lo sé. Lucy y yo vamos a casarnos. Es posible que pasemos aquí nuestra luna de miel. Discúlpennos ahora... ¡Por cierto! —añadió Davy volviéndose—. El doctor Cordey se dirige en automóvil hacia aquí. Díganle que hemos llegado y que le esperamos en la casa. ¿Me harán el favor?

Davy, sujetando a su prometida, siguió por el sendero.

Era un camino más bien tortuoso entre dos paredes montañosas.

Más allá el sendero se ensanchaba para dar paso a un prado con empinada vertiente.

El camino todavía ascendía más, para esconderse entre unas colinas.

—¡Al otro lado! —exclamó ella de pronto.

—¿Al otro lado, qué? —preguntó el joven.

—Está la casa —contestó ella como si de repente algo se hubiese iluminado en su cerebro.

CAPÍTULO IX

La casona se conservaba a pesar del abandono de los últimos años.

Ennegrecida por la humedad de los crudos inviernos y carcomida la recia madera, aguantaba bien y enclavada delante de la abrupta colina, semejava un caserón fantasmal. Algo salido de un cuento de Edgar Allan Poe en el más macabro y siniestro de sus relatos.

Lucy la miró con curiosidad.

—¿Conque es aquí, eh? —musitó.

—¿Recuerdas algo más? —preguntó él.

—No. Por el camino tuve una súbita idea, pero nada más.

—Bien. Vamos a entrar. Puesto que ha sido el doctor Cordey quien te incitó a venir, esperemos que nos hará el honor de visitarnos. Si es que al fin deja de asustarle mi presencia.

—Me alegro de haber venido, Davy. Debiste hablarme antes de esto.

—Aparte del *shock* que puede recibir tu cerebro, pequeña, no me satisface la idea de ponerte en peligro.

—¿En peligro? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero hace años ocurrieron varios hechos inexplicables. Y nunca pudieron ser esclarecidos.

—¿Qué pasó?

—Si te lo cuento todo de golpe no haré más que confundir tu cerebro, Lucy. Es mejor que tú, poco a poco... En fin, tampoco voy a forzarte a ello.

Pasaron al interior.

La puerta estaba abierta y la llave continuaba detrás de la cerradura por la parte de dentro.

En los goznes faltaba una buena untada de aceite para evitar aquel gruñido.

Dentro, las telarañas se habían enseñoreado del viejo *living*.

Aparte del polvo todo parecía estar en su sitio.

Ella seguía mirando alrededor intentando familiarizarse con cada uno de los objetos.

—Arriba —musitó.

—¿Qué? —inquirió él.

—Mí..., mi dormitorio. Sí. Es posible...

—Vamos a subir.

—Davy, tengo esa sensación extraña que he oído decir que ocurre a muchos que están por primera vez en un lugar y creen conocerlo de antemano, a pesar de estar seguros de que nunca estuvieron antes en él... Sólo que en mi caso es al revés. Me parece que nunca he estado aquí y de pronto, me asaltan reflejos.

Habían comenzado a subir la escalera.

Ella iba delante. Ningún temor la sacudía.

Al llegar al séptimo peldaño, la madera crujió y se detuvo un instante como si el quejido de la tabla también le resultara familiar.

—Sí. Hay un corredor a la izquierda —espetó—. La primera habitación está vacía, luego viene la mía, delante mismo de la de...

Se detuvo.

Palideció y sus ojos se agrandaron.

—Delante de la de papá...

—De tus padres querrás decir.

—Mamá murió primero —dijo ella como una autómatas, muy rápidamente, como obedeciendo a un pensamiento fugaz.

—¿Y no la recuerdas?

—No sé... Me esfuerzo, pero tengo una nube delante. Pienso más en mi padre...

—Tardó más tiempo en morir.

—No sé, no sé —repuso ella aturrida. Asustada.

Continuó subiendo la escalera. Antes de llegar a lo alto un golpe seco sonó en alguna parte.

Por primera vez Lucy sintió miedo. Se volvió para abrazarse al joven.

—Ha sido en la casa —dijo.

Y unos pasos empezaron a resonar por el corredor.

—¡Papá! —dijo ella aterrada.

—¡Lucy! —exclamó Davy a su vez.

Los pasos estaban cerca.

De pronto apareció el hombre.

—¡Hurón! —exclamó Davy.

—¿Hurón? —inquirió ella.

—Usted es el señor Davy, ¿verdad? —murmuró el hombrón desde el rellano.

Terminaron de subir.

—Sí. Ésta es Lucy —repuso a su vez Davy.

—¡Lucy! Llevaba años sin verla.

—¿Es el hombre que me llevó a Los Ángeles? —preguntó ella vuelta nuevamente hacia Davy.

—Sí, Lucy.

—Mucho..., mucho gusto. El..., él podrá ayudarme.

—No, Lucy. Te ayudarás tú misma. Hace un momento ibas a decir algo... Tenemos que hablar sobre ello... Y a propósito... —Se volvió hacia Hurón—. No sabía que estaba usted en la casa.

—Bueno... No dije nada antes, porque... en realidad no pensé que ustedes volvieran, pero... un temporal destruyó mi casa. En realidad era poco menos que una chabola y desde entonces vivo aquí... Hace..., hace sólo cuatro meses. Fue este invierno que hemos pasado. De todos modos, me iré ahora mismo. Sólo tengo cuatro cosas.

—Por nosotros no se mueva —repuso Davy—. Nos quedaremos hasta la tarde.

—Ella... ¿Sigue sin recordar nada? —preguntó Hurón.

—Nada —murmuró Davy.

—Bueno, tal vez sea mejor... Con su permiso. Tengo algunas cosas que hacer.

—¡Hurón! —llamóle Davy—. Dice que lleva cuatro meses en la casa... No es que pretenda que haga limpieza, pero... ¿Cómo lo hace para compartir su compañía con las arañas de abajo?

—¡Oh! —sonrió el hombrón—. En realidad nunca he utilizado esa salida. Entro y salgo por la puerta lateral. Desde mi...; bueno, desde el dormitorio que utilizo se puede llegar por una escalera que va directa.

—Ya... Bueno, Hurón, vaya a lo suyo.

—Si necesitan algo...

—Nada; gracias. Estamos esperando al doctor Cordey.

—¿El doctor Cordey? —repuso el hombre como si hubiera escuchado el nombre de un aparecido.

—Sí.

—¿Está aquí?

—Nos ha venido siguiendo desde Los Ángeles. Por cierto... Usted recordará si de verdad era el médico de la familia de Lucy.

Hurón quedó mirando a un punto indefinido.

Sus ojos parecieron atravesar las desvencijadas paredes del rellano, taladrando la madera.

—El doctor Cordey... Siempre dije que ese hombre era nefasto. Sí. Creo que atendía a la familia... En realidad, durante algún tiempo fue el único médico de Winston Flag.

Y Hurón desapareció por la segunda puerta del corredor. La que Lucy había dicho que pertenecía a «su padre».

CAPÍTULO X

La habitación de «su padre», que ahora ocupaba circunstancialmente Hurón, constaba de dos camas, relativamente nuevas en comparación con los muebles de la casa, y lo de nuevas no era, desde luego, por el buen estado, ya que la madera parecía de peor calidad que el resto de las antiguallas, sino por la construcción que era fácil pertenecía a una época más reciente, como si se hubieran comprado muchos años después de haber sido construida aquella casa.

El cuarto estaba aseado y tenía el calor propio de las piezas que son asiduamente habitadas.

Al fondo, a la pared de la parte de los pies de la cama y junto al armario, en el ángulo de la habitación, había la puerta que comunicaba con la escalera de la que habló Hurón.

Era una puerta que fácilmente podía disimularse de querer hacerlo, pero ahora permanecía entornada.

Davy asomó, mientras Lucy salió al corredor.

—Voy a ver el resto de las habitaciones.

—¿Te dice algo ésta? —preguntó él.

—Según la mire. Hay algo que creo recordar vagamente, pero no consigo saber qué.

—¿Y la tuya?

—Sí... Había tres cunas. ¿Sabes si tenía hermanos?

—Dos.

—¡Dos!

—Sí.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible no recordar esto?

—No te atormentes.

—¿Dónde están?

—Murieron.

—¿Cuándo eran pequeños?

—Sí. Murieron antes de que tú fueras a vivir a Los Ángeles.

—¡Dios mío! —volvió a exclamar ella.

Se apoyó en el quicio de la puerta.

—No pienses más. Acepta de nuevo las cosas como hasta ahora. Deja que vengan por sí mismas a tu mente, sin forzarte.

—No recuerdo nada, Davy. Como si estuviera vacía. Completamente vacía.

—Quizá sea mejor —repuso él con gesto adusto.

Al cabo de un prolongado silencio ella musitó:

—Seguiré recorriendo la casa.

—Voy a ir abajo.

Ella desapareció tras la puerta y recorrió el corredor.

Pasó a la siguiente puerta. Era un dormitorio con una cama grande y una cómoda. Había también un armario empotrado en un entrepaño.

Dentro del armario de crujientes puertas vio varios vestidos viejos; más o menos hechos a la moda de unos veinte o más años antes.

Abrió la mesilla de noche y vio un viejo sonajero. Lo miró atentamente.

No. No le decía nada.

Estaban también algunos pañuelos con unas iniciales bordadas a mano: «N.», simplemente. N. de Norris.

Estaba también un caballo de madera, medio roto. Podía mecerse. Lo hizo.

Fugazmente vio la imagen de un niño balanceándose en él y una voz que decía:

«Ahora me toca a mí... Déjame a mí, Richard».

¡Richard!

¿Se llamaba Richard su hermano?

Siguió por el corredor. Al fondo estaba la puerta del aseo. Parecía más bien un viejo lavadero.

La ducha no funcionaba y el agua del lavabo tampoco salía por el grifo.

La taza del retrete, ennegrecida, olía mal.

Salió. Delante tenía la escalera que conducía al desván. Comenzó a subir.

Entretanto, Davy seguía abajo.

Después de la escalera había un pequeño rellano y la puerta lateral para salir al exterior.

Salió y volvió a entrar enseguida.

Debajo de la escalera la estancia se ensanchaba para comunicar con otra puerta a la cocina.

Salió. Echó un vistazo a los cacharros. Estaban limpios. Sólo había dos platos y un vaso que esperaban ser lavados, pero no hacía mucho que fueron usados.

Pensó en Hurón.

Salió a lo que formaba sala, comedor y *hall* a la vez. De nuevo se enfrentó con las telarañas.

No había nada misterioso en aquella casa. Quizá los cristales demasiado sucios no dejaban pasar la claridad del exterior.

Puede que, en definitiva, la única cosa fantasmagórica, fuese su aspecto externo.

Acaso también aquellos muebles finiseculares y la disposición le daban un aire novelesco.

Un gato maulló.

Davy le buscó con la mirada.

De pronto el animal derribó un cajón que estaba en un ángulo de la pieza y salió a escape como si persiguiera algo o le persiguieran.

Era un gato negro.

Desapareció como una exhalación por el quicio de la entreabierta puerta de entrada que empujó con la cabeza.

Davy iba a desandar lo andado por el mismo sitio, cuando Lucy acababa de abrir la puerta del desván.

Sus ojos mostraron un terror pánico indescriptible y su voz apenas pudo salir de la garganta cuando quiso gritar:

—¡Davy!

El subió rápidamente los peldaños.

—¡Lucy! ¡Lucy! ¿Dónde estás?

CAPÍTULO XI

La cabellera reluciente y bien cuidada cubría los desnudos hombros. Sus ojos miraban inexpresivos y sus mejillas otrora sonrosadas habían perdido por completo el color.

Tenía una soga alrededor del cuello y colgaba de una viga delante mismo de la puerta del desván.

Era... simplemente una muñeca.

Una muñeca corriente perteneciente a una niña que debía jugar con ella quince años atrás.

Lucy lanzó un suspiro en brazos de Davy.

—¡Qué estúpida he sido! Perdona —exclamó reponiéndose.

—Es perfectamente lógico —repuso él.

—Al entrar, vi cómo se balanceaba y... ¡Dios mío! ¡Qué ocurrencia! ¡Colgar una muñeca! ¿Quién ha podido hacerlo?

—Eso mismo estaba pensando yo, Lucy.

Dejó a la muchacha para acercarse a aquella grotesca figura.

Cortó la soga. Una soga auténtica. Utilizó para ello un cuchillo que extrajo de un aparato de varios usos, propio para excursiones.

Al coger a la muñeca entre sus manos, murmuró:

—No tiene ni una pizca de polvo, y su cabello es sedoso y brillante.

—Sí. Creo que...

—¿Recuerdas esta muñeca?

—Me..., me la regaló mi padre.

—¿Era tuya?

—¡No! Es verdad... No era mía. Era de... ¡Espera!

Sí... Tenía que ser mi hermana... Recuerdo a otra niña... ¡Dios mío! ¿Cómo se llamaba? ¡Joan! Eso es, Joan... También he recordado el nombre de mi hermano: Richard.

—Sí. Es verdad.

—¿Les conocías tú?

—No, Lucy. Entonces yo sólo tenía diecisiete años y... no estaba en Estados Unidos.

Davy seguía mirando la muñeca.

—Esto lo ha hecho alguien muy recientemente.

Buscó una posible salida secreta del desván, pero no encontró nada. Las paredes eran sólidas y no había escalera, ni exterior ni interior.

Regresó con Lucy.

—Si Hurón vive aquí, él sabrá algo de esto. Tendrá que explicarme qué significa esta broma.

—¿Crees que lo han hecho a propósito? ¿Por nosotros?

—Es posible.

—¿Pero cómo podían saber que íbamos a venir? El doctor Cordey todavía no había llegado cuando bajamos del helicóptero, y en Winston Flag no hay teléfono, lo dijo el piloto, ¿recuerdas?

—Es verdad —repuso Davy—. Sin embargo, esto iba dedicado especialmente a ti, Lucy.

—No lo sé. De veras. No sé de qué me hablan —repuso Hurón con visibles muestras de sinceridad—. ¡Una muñeca colgando de una viga!

—Entonces ha entrado alguien en la casa y no hacía mucho tiempo, por cierto...

—Yo no oí nada.

—¿No habías salido aún cuando llegamos?

—Sí... Dingle me llamó para hacer un transporte y fui a ayudarle.

—¿Quién es Dingle?

—Uno de bajo, enclenque.

—Sí. Ya le hemos visto al llegar —repuso Davy.

—No me explico quién ha podido venir.

—¿Hay algún otro camino para llegar más rápidamente que el usual? —siguió preguntando Davy.

—Pues... Sí, un atajo, pero hay que conocerlo bien. Es bastante peligroso.

—Así, alguien pudo llevarnos la delantera y mientras nosotros entrábamos por la puerta principal, él pudo hacerlo por la otra y subir al desván.

—Es posible. Hay una puerta a la parte de atrás. No tiene

escalera para subir, pero permite ocultarse.

—Hurón... ¿Quién crees que pudo hacer esto?

—No tengo ni idea, señor Nolan.

—Hurón... Cuando bajamos del helicóptero, sólo había cinco hombres. Dos de ellos bastante jóvenes. Como Lucy poco más o menos.

—Sí. Son los hijos de Fergusson, Ya estaban aquí cuando... Bueno, quiero decir que siempre vivieron aquí.

—¿Quién es Fergusson?

—Tiene ganado, sale poco de su especie de rancho. Está al otro lado de la colina. Sus chicos siempre andan por el centro o a veces se van en motocicleta a Burntown, pero a la gente de Burntown no les gusta demasiado vernos por allí. Dicen que estamos embrujados —y sonrió tímidamente.

Hurón, cercano también a la cincuentena, era un hombre robusto, alto, fornido.

—Bueno —añadió—. Les he traído un poco de comida. Pensé que la necesitarían.

—Gracias, Hurón —musitó ella.

—Quédese con nosotros si quiere —añadió Davy.

—No, no. Preferirán estar solos. Yo volveré más tarde. Por cierto, no he visto al doctor Cordey. ¿Dijo usted que venía hacia aquí?

—Sí —repuso Davy.

—Pues no ha llegado. Seguro que no ha llegado. Quizá sea mejor.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

Hurón se encogió de hombros.

—No me pregunte... Es..., es como un presentimiento. —Luego, ya a punto de salir de la cocina por la puerta que daba al pie de la escalera de la salida lateral, se volvió para decir—: ¡Una muñeca ahorcada! Es increíble.

Y desapareció tras el umbral.

Cuando le vieron alejarse en dirección al pueblo, pero tomando el camino de la montaña que era sin duda el atajo del que había hablado poco antes, Lucy preguntó:

—Davy, ¿por qué me trajo Hurón a Los Ángeles? ¿Por qué me llevó a casa de tu hermana?

CAPÍTULO XII

Entretanto en la plazoleta, centro del villorrio, uno de los hermanos Fergusson se metió en un portalón.

Venía a ser una especie de garaje, donde además se acumulaban toda suerte de trastos viejos: hierros, cajas de embalaje y otros objetos prácticamente inservibles.

Lo único de algún valor era la furgoneta de Dingle, el pequeñajo de ojos saltones, y las dos motocicletas de los Fergusson.

El muchacho de pelo ensortijado y rebelde sacó la moto y agitó la mano.

—¡Hasta luego!

—¡Espera! ¿Dónde vas? —gritó su hermano, ligeramente más joven, pero igualmente de aspecto agamberrado.

—Tengo una cita con una rubia. Hasta la vista.

—¡Espera! ¡Espera!

El otro corrió también para sacar la motocicleta e inmediatamente siguió a su hermano.

La velocidad que sacaron a sus respectivas máquinas por aquel camino apenas transitable, podía catalogarse verdaderamente de suicida.

Ambos rivalizaban en mantenerse a la cabeza.

El menor daba constantemente gas y pedía paso.

—¡Aparta, aparta!

Pero el del pelo ensortijado le cortaba el paso, bordeando un precipicio en el que el menor descuido significaba la muerte segura.

Tras la ligera ascensión venía el continuado descenso, y como si participaran en un *cros-country* aceleraron sus máquinas, descendiendo a tumba abierta por la serpenteante carretera.

Más allá, y cuando llevaban ya unos diez kilómetros lejos del pueblo, vieron el coche negro detenido.

—¡Cuidado! —exclamó el mayor.

El coche ocupaba casi todo el camino, dejando muy poco espacio para una motocicleta y mucho menos para dos, si venían como las de los hermanos, juntas codo con codo.

El menor frenó ligeramente su marcha y el del pelo ensortijado pasó raudo por delante del automóvil, para frenar un poco más allá.

El otro detuvo también su marcha, para volverse atrás.

El doctor Cordey estaba examinando algo en el interior del coche, para comprobarlo luego, bajó el capot que mantenía abierto.

—¿Sois los Fergusson, verdad? —preguntó al ver a los chicos.

—Sí. ¿Le hemos visto antes?

—Sí; hace tiempo. Yo era vuestro médico cuando erais unos chiquillos. Y no llegaréis a mayores si continuáis por este camino del demonio a tanta velocidad.

—¿Qué le pasa a su trasto, doc? —preguntó el del pelo ensortijado.

—No sé si es la batería o el carburador... Y ha ido a ocurrirme aquí nada menos.

—Creo que le esperan —adujo el de menos edad.

—¿Me esperan?

—Los del helicóptero... Ya sabe, una pelirroja despampanante y un tipo que la acompaña. Dijo que era Lucy Norris.

—Sí. Lo sé...

—Esa Norris..., ¿es la hermana de...? Bueno, ya sabe todas esas paparruchas que se cuentan, ¿eh? —La pregunta la dirigió el mayor.

—Sí. Es la menor de los Norris. La única superviviente de la familia.

—¿Y a qué ha venido? ¿Cree que le van a robar aquella casa de brujas? —sonrió el del pelo ensortijado.

—¡Y a mí qué me contáis! —exclamó el médico atento al capot del coche.

Los dos hermanos se encogieron de hombros.

Fue sin embargo el pequeño quien apuntó malicioso:

—¿Qué suerte ser médico de una fulana como ésa!, ¿eh?

—¡Vaya juventud! Sólo sabéis pensar mal.

—Adiós, doctor. Que sea leve su avería. No podemos entretenernos... Al menos yo —repuso el mayor, dando gas a su moto, que produjo el ruido consiguiente.

El otro le siguió.

El médico volvió a quedarse solo en mitad del camino.

De entre las ramas se movió algo o alguien.

Un rayo de sol se posó sobre un objeto metálico y lanzó un destello.

El médico se volvió.

Enseguida vio el hacha que llevaba el hombre que salió de entre los setos.

El sol volvió a reflejarse en la hoja y lanzó otro destello.

—¿Eres tú? —preguntó el médico.

El otro no replicó.

—Echame una mano. Quería llegar antes, pero me ha sido imposible... Lamento que Lucy venga acompañada. El la siguió. En fin, yo hice lo que pude.

El otro permaneció silencioso.

Su sombrero ancho, desvencijado, le colgaba por las alas rozándole casi los hombros. Por delante le caía igualmente desde la frente y le ocultaba una buena parte del rostro.

De no saber exactamente de quién se trataba, cualquiera que le hubiese visto con aquellas ropas por primera vez, en aquellos momentos le habría sido prácticamente imposible reconocerlo con otras vestimentas.

Continuaba silencioso, mirando al médico que estaba junto al capot del coche.

—Bueno. Di algo. Agradéceme al menos lo que he hecho... No creí poder convencer a Lucy... Aunque puedo asegurarte que sigue sin recordar nada...

—Pero Davy Nolan puede hacerla recordar —replicó el hombre con voz muy tenue, muy baja, como si temiera ser escuchado por alguien más que no fuese el doctor.

—Sí, claro... —repuso el médico.

Se inclinó hacia el capot del coche y murmuró:

—Bueno, ayúdame si puedes... No voy a quedarme toda la mañana aquí.

Le pareció que algo brillaba por encima de su cabeza. Se volvió con un trágico presentimiento.

Sólo pudo ver el hacha empuñada con mano firme que se dirigía rápidamente sobre su cabeza.

—¡No! —gritó.

Ya no pudo oír la réplica de su verdugo, que murmuraba:

—Tú también lo sabes todo... Demasiado. Ahora ya tengo a Lucy aquí... La leyenda debe seguir.

Con un gran tajo en el cuello, el médico yacía en el suelo desangrándose.

El hacha del verdugo volvió a funcionar con saña, destrozando su cuerpo, seccionándolo.

El ensañamiento se prolongó durante bastante rato.

Más tarde toda huella de sangre había desaparecido del camino. La tierra se notaba ligeramente removida, pero la suave brisa haría desaparecer pronto todo indicio de haber sido removida.

El coche fue despeñado al fondo del barranco, y el río, bastante profundo en aquella parte, lo había engullido y tal vez arrastrado por la fuerza de la corriente, que con el deshielo del invierno arrastraba una buena cantidad de agua.

El hombre del sombrero caído, con un macabro saco en la espalda, se alejaba por los montes.

Del doctor Cordey nunca más volvería a saberse nada.

CAPÍTULO XIII

—Davy, ¿por, qué me trajo Hurón a casa de tu hermana? —había preguntado Lucy Norris.

La breve historia se la explicó Davy durante la comida, que ella misma había preparado con las latas que trajo Hurón y algunas verduras.

—Verás, Lucy... Ante todo, hay algo que debes saber... Por encima de todo te quiero, pero al principio, cuando nos conocimos, no pensaba exactamente en el matrimonio.

—Supongo que cuando un hombre se acerca a una chica, no piensa en casarse con ella desde el primer momento —repuso ella.

—No se trata de eso... Lo entenderás cuando conozcas lo poco que yo sé y puedo decirte sobre este asunto.

—Estoy impaciente por saberlo.

—Hace años, tus dos hermanos murieron despeñados desde una loma, en un intervalo de una semana.

—¡Dios mío!

—Todo hacía suponer que se trató de accidentes casuales, pero por aquel entonces mi hermano Matt era el alguacil de este villorrio y debió sospechar algo extraño en estos accidentes. Para evitar que tú fueras la tercera víctima, escribió una carta a mi hermana Hellen, en Los Ángeles, diciéndole que le enviaba a una pequeña.

—La pequeña era yo —musitó Lucy.

—Sí. Pero mi hermano no pudo llevarte personalmente porque ya nunca más volvió a saberse de él.

—¿Qué ocurrió?

—No se sabe exactamente. El *sheriff* del condado era muy viejo y residía muy lejos. Mandó a sus ayudantes a practicar una investigación en cuanto mi hermana desde Los Ángeles pidió noticias de lo sucedido.

—¿Y no le encontraron?

—Ni a él ni a la mujer que te cuidaba...

—¿Una mujer?

—Creo que se llamaba Agga... O Addi.

—¡Aggie! —exclamó ella de pronto—. Sí, Aggie.

Fugazmente había recordado el nombre en uno de aquellos súbitos destellos que le asaltaban.

—¡Aggie! ¡Bravo, querida!

—¡Oh, Davy! Sigue contándome cosas.

—Hay poco más que contar. El informe que facilitaron los encargados de la investigación decía que dado lo abrupto del terreno era fácil despeñarse y difícil de encontrar un cuerpo. Los desniveles en algunos puntos del cañón son de hasta mil metros.

—¿A mis hermanos pudieron rescatarlos?

—Sí. Lo sé por Hurón. Ellos cayeron de menos distancia, pero igualmente mortal.

—¡Dios mío!

—Bien, pues... No fue posible averiguar nada más, ni de él ni de la mujer...

—Pero la gente de aquí... Si tu hermano Matt sospechaba...

—Era una presunción. En una carta dirigida a mi hermana Hellen tratando de otras cosas, y antes de pensar en mandarte con ella, le dijo algo sobre Winston Flag. Que era un poblacho cargado de supersticiones y que corría cierta leyenda referente a tu familia y que lo sentía por los tres niños que vivían en la casa, refiriéndose a ti y a tus hermanos.

—Tu hermano debía ser una gran persona.

—En realidad no era hermano, sino hermanastro, pero nos queríamos. Sentí separarme de él cuando aceptó el destino que le llevó a Utah... El deseaba correr mundo. Su ilusión era recorrer todos los Estados. Vivir en ellos, siempre defendiendo la ley... Nos llevábamos once años tan sólo. El tenía veintiocho cuando desapareció.

—¿Y tú quieres averiguar la verdad? —apuntó ella.

Davy asintió.

Tras una pausa continuó:

—Te vi una vez cuando todavía eras una mocosa de diez años. Dos después de la desaparición de Matt. Mi hermana no había querido decirme nada; primero porque confiaba en que todavía le

encontrarían y después porque ya nada podía hacer yo, y temía que retrasaría mis estudios en Francia... Nuestro padre... Todos éramos hermanos del mismo padre... Quiso que aprendiéramos de otras facultades extranjeras, y así lo dispuso antes de morir, para no contrariarle y por el lógico deseo de viajar, yo acepté... Al regresar de Francia, como te digo, te conocí. Entonces hice algunas averiguaciones, pero no obtuve nada en concreto.

Hizo otra pausa para añadir:

—Me hablaste de la gente de aquí. Es como si no hubiera nadie. Aquí pregunta uno y es igual que si preguntara a las montañas o a las nubes. Nadie contesta, nadie sabe nada.

Otra pausa rememorativa para proseguir:

—Hablé con el nuevo comisario del condado y revisó el informe; luego me acompañó hasta aquí. Me mostró la casa y pude ver casi a la misma gente que hemos visto al llegar. Todo seguía igual. Remover el asunto no hubiera servido de nada. No había motivos para sospechar un asesinato. Lo de la leyenda, los comentarios eran para la policía simples patrañas, supersticiones de pueblos de montaña, y esto ni siquiera llega a pueblo.

—Tal vez si la gente sabía que eras hermano de...

—No. Precisamente para evitar cualquier suspicacia, dije al comisario que me presentara con el nombre de Smith simplemente. Lo utilicé también ayer en el hotel al inscribirme para que nadie pudiera advertir de mi llegada. Pero ahora y aquí ya no importa. El asunto de mi hermano es algo en lo que todavía no he dejado de pensar, pero de no ser por ti tal vez no habría vuelto.

—¿Querías decirme, algo respecto, a tus intenciones hacia mí?

—Bueno, sí... —repuso él dubitativo, pero decidido continuó—: Yo volví a mi trabajo y todavía seguía realizando algunas gestiones. Tú de repente te habías convertido en una mujer, encantadora por cierto, que seguía sin recordar su pasado. Eras la única que tal vez podías arrojar un poco de luz sobre este asunto, Aun habiendo transcurrido años, siempre se recuerdan cosas de la niñez. Me propuse llevarte aquí y hacerte recordar.

—Claro. No te lo reprocho.

—Hablé con un médico de tu caso, y me advirtió que cuando la mente se ha cerrado en una especie de amnesia infantil, es difícil recuperar el lapso de tiempo olvidado.

—¿Amnesia?

—Bueno. Tiene varios nombres. Generalmente un *shock*, una circunstancia determinada puede provocar en ciertos organismos una pérdida temporal de la memoria que suele durar unas veinticuatro horas, cuarenta y ocho como máximo, durante las cuales puede no recordarse absolutamente nada o acaso cosas sueltas, a menos que la mente sienta horror por aquel pasado y digamos que, «voluntariamente», quiera cerrarse.

—¿Quieres decir que no recuerdo nada de mis primeros ocho años de vida porque no deseo recordar?

—Algo así.

—Pero si yo quiero.

—No es que tú quieras o no —replicó el persuasivo—. No basta con tu voluntad de querer. Una fuerza superior emanada del cerebro se niega a obedecerte, porque la razón siente horror por determinada cosa y «ha querido» cerrar la puerta de tu subconsciente, donde se halla esa parte de tu vida.

Hizo un ademán como queriendo decir que si no quedaba demasiado claro, no encontraba mejores palabras para definirlo.

—No hay nada más terco que una mente que se niegue a recordar. Cito palabras del médico.

—¿Y dijo que podía curarme?

—Estás perfectamente bien. Ese lapso de tiempo nada tiene que ver con tu salud. Lo que me dijo el médico es que si recordaras de pronto y se tratara de algo que ya en su momento te causó pavor y fue la razón de este olvido permanente, podría producirte un nuevo *shock* de imprevisibles consecuencias.

—¿Podría volverme loca...?

—Ni lo pienses, Lucy.

—Entonces...

—Probablemente no ocurriría nada, pero podría producirte trastornos. También obligar a la mente a trabajar en contra de su voluntad puede resultar dañino, por todo ello decidí no utilizarte.

—¿Te habías enamorado ya de mí, señor Davy Nolan?

—Sí, señorita Lucy Norris —sonrió él—. Perdidamente enamorado...

—Gracias.

—Gracias a ti. Ya ves como todos los hombres te miran. En el

fondo me envidian.

—¡Oh!

El se levantó y la rodeó por detrás del cuello.

—Pensaba venir y hacer creer a todos que habías recobrado la memoria y que... sabías algo. No ternas. No voy a hacerlo. Es demasiado arriesgado.

—¿Piensas que la desaparición de tu hermano tiene algo que ver con lo que ocurrió a los míos?

—Es posible.

—¿Y que yo pueda saber algo? —inquirió ella asustada.

—También cabe en lo posible.

—Entonces ese motivo de horror... —Guardó silencio. Entornó los ojos—. Si pudiera recordar.

—Olvídalo. Ahora no estás aquí para estas cosas. Fue Cordey quien te convenció. Por cierto, está tardando mucho.

Ella seguía pensativa.

Davy se fue hacia la puerta.

—Quizá no se atreva a venir porque estoy yo. El sí debe saber quién soy y puede que tema algo... Pero ¿qué pinta en todo esto?

Se volvió hacia ella.

—Davy... Tal vez presencié la muerte de mis hermanos.

—Podría ser... Aunque no lo creo. Tú estabas aquí, vivías con ellos y mi hermano Matt no habló de que hubieses perdido la memoria. Verás..., la carta fue fechada el mismo día de su muerte, y mi hermana la tuvo dos días después, casi al mismo tiempo que Hurón te llevó. El dijo que te había recogido perdida por el monte como si huyeras de algo. Dijo también a mi hermana que a partir de entonces habías entrado en aquella especie de marasmo, de alejamiento, y se asustó.

—¿Por qué me trajo?

—Se lo pidió mi hermano. Parecía que presintiera algo. Dijo que si no podía llevarte él personalmente, lo hiciera Hurón... Creo que es el único realmente sensato que hay en este lugar. Bien, lo cierto es que para tu propio bien y el mío, te llevó allí y yo pude conocerte.

—¡Davy! —dijo ella sin hacer caso al requiebro de su prometido—. ¿Crees que de no haberme llevado a Los Ángeles yo también..., yo también hubiese muerto?

—Sí, Lucy. Lo creo.

—Entonces lo de mis hermanos no fue un accidente.

El guardó silencio.

—¡Qué horror, Davy! ¡Los asesinaron! Los asesinaron a los dos.
¡Mataron a sangre fría a dos criaturas inocentes!

Y toda ella se convulsionó. Davy tuvo que calmarla.

CAPÍTULO XIV

Habían salido a dar un paseo por el monte.

La brisa de la tarde, primaveral, resultaba agradable, pero a medida que ascendían por entre las rocas del acantilado, el aire parecía más frío.

Y ella. —Lucy— seguía adelante como si alguien le empujara a ir a determinado sitio.

—No sigas más —le pidió él.

—Déjame, Davy.

—¿Es que recuerdas algo?

—Es otra vez ese presentimiento. Como si hubiera estado antes. Pero todo es vago y confuso.

El la seguía muy de cerca, subiendo con agilidad. Ella trepaba, a veces poniendo la rodilla en el suelo para ayudarse y asiéndose a las matas que salían de los lugares más inesperados entre las rocas.

Cerca de lo que era sólo un camino de pastores había un tupido bosque de arbustos y setos salvajes, como si jamás pie humano hubiera cruzado por aquel lugar.

El sol brillaba sobre un picacho de poniente.

Entre los setos el hombre del sombrero caído sobre el rostro observaba cuidando que ningún rayo del sol se posara sobre la hoja bien afilada de su hacha.

El hombre acechaba. Su mirada iba de la muchacha a su acompañante, mientras seguían aquel frenético ascenso.

—¡Lucy! —exclamó él—. Detente un poco.

Ella se volvió y sonrió.

—¡Oh! Olvidé que eras un viejecito... No puedes subir.

—Te reto a correr.

—Aceptado —repuso ella.

Iba a darle la espalda y proseguir.

—¡No, espera! Por aquí no. Es demasiado peligroso. Espera.

La alcanzó y la sujetó por un brazo.

—¿Por qué temes que pueda ocurrirme algo? —Y sin esperar la respuesta de Davy añadió—: Es aquí donde murieron mis hermanos, ¿verdad?

—No sé exactamente el lugar. Pero debió ser por aquí cerca.

Era un poco más arriba. Al otro lado de una roca que impedía ver el rellano.

Subieron hasta allí y ella miró alrededor.

El hombre del hacha se movía ágilmente por entre la maleza.

Lucy llegó hasta el borde de la roca y volvió a mirar en torno suyo.

—Hay algo extraño en este sitio. Es bonito. Pero extraño.

—Solitario. Muy solitario.

—¿Qué hay al otro lado?

Trepó ligeramente por la roca de unos dos metros de altura hasta alcanzar ver el otro lado.

Aquél era el punto fatídico.

Terminó de subir seguida de Davy.

A sus plantas formando una especie de plataforma había una roca plana y abundante hierba alrededor. Luego, en la otra parte seguía el sendero adentrándose por entre otras rocas y senderos.

Lucy pisó aquella plataforma.

—¡Cuidado! —advirtió Davy.

El precipicio estaba muy próximo y el viento soplaba con más fuerza por un canalón formado por el sendero que continuaba a la espalda de Lucy.

El hombre del hacha y el sombrero podía ver a Lucy y a Davy que estaba sentado en lo alto de aquella piedra.

El hombre musitó muy quedamente para sí:

—Quizá no tenga que utilizar el hacha. —Pareció sonreír entre dientes mientras agregaba—: Un paso más y...

Lucy preguntaba en aquellos instantes:

—¿Cuántos metros crees que hay?

—Unos trescientos poco más o menos hasta el fondo, pero más abajo hay una especie de plataforma donde se puede llegar por Un sitio parecido al que hemos utilizado al subir hacia aquí.

—Ahí debieron caer.

—Posiblemente.

—No puedo verlo bien.

Se abalanzó ligeramente y él saltó para protegerla.

Lucy iba a dar un paso hacia delante pisando aquella hierba que crecía después de la piedra.

Ni ella ni nadie podía prever que aquella hierba que surgía de los bordes de la piedra no estaba sentada sobre tierra firme, sino que sus raíces estaban a los lados de lo que sin matas habría sido una especie de agujero más ancho que el cuerpo de una persona. Una trampa mortal por la que un paso en falso podía llevar a la víctima hacia el abismo.

Davy miró hacia atrás ligeramente como si presintiera la presencia de algo o de alguien.

Lucy dio el paso hacia la hierba.

Su pie encontró el vacío. Se tambaleó.

Gritó aterrada, cuando Davy se volvía para sujetarla.

El empuje de ella le arrastró, pero el joven consiguió mantenerse firme y la sujetó, mientras las piernas y parte del cuerpo de Lucy se habían hundido y colgaban del vacío.

—Tranquila, Lucy. No ocurre nada. Tranquila. Intenta sujetarte a la piedra.

—No puedo. Tengo miedo.

—Te estoy sujetando. Cógete. Verás cómo puedes.

Tiró un poco más de ella en posición forzada, teniendo que hacer la fuerza casi en vilo.

Un resbalón, o tal vez si la ropa del vestido de Lucy se quebrara podía ser fatal.

Davy se inclinó todavía más para cogerla con ambas manos por las axilas.

Entonces tiró de ella, que al fin pudo cogerse al borde de la roca.

La sacó de aquella trampa mortal de necesidad.

Jadeante, ella se apoyó en la roca que le sirvió de respaldo.

—¡Dios mío! Si no estás tú aquí.

El pensaba en otra cosa...

En las hermanas de Lucy... Acaso...

Miró hacia el otro lado e imaginó la posible escena.

Alguien podía estar esperando solo un par de metros más allá. Alguien que estuviera llamando a una niña, o incluso a una persona mayor.

Y la persona, quienquiera que fuera, avanzaba confiada. Cruzaba la roca, pisaba la plataforma, y al poner los pies en la hierba era engullida por el vacío.

Ella, Lucy, jadeaba todavía no repuesta del susto.

Tras los setos el hombre del hacha seguía acechando.

—Vamos... Llévame a casa. Creo que me voy a desmayar.

—Ahora ha pasado el peligro.

Por entre los setos, el hombre avanzó paralelamente a ellos con una ligera ventaja.

—Lo siento por el doctor Cordey. Son las cinco. Dentro de dos horas vendrá a recogernos el helicóptero.

—¿Y si nos quedáramos? —propuso ella.

—¿Aquí?

—En la casa.

—¿Para qué?

—Tengo el presentimiento de que lograré recordar. Esos pequeños detalles que han ido acudiendo a mi mente son un síntoma.

—No estoy seguro que te convenga.

—Se trata de mi pasado.

—Lo haces por ayudarme.

—No. Aunque si puede servirte de algo el que yo recuerde, tendré una doble satisfacción.

—Piensa que lo que pudieras recordar es casi seguro que no tendrá nada de agradable.

—Por favor, Davy. Déjame.

—Está bien.

—Avisa al piloto. Dile que venga mañana.

—Como quieras.

El hombre del hacha ya sabía por lo menos una cosa, que Lucy iba a quedarse sola en la casa, mientras Davy iría a avisar al piloto del helicóptero.

Aceleró el paso para anticiparse a la llegada de la pareja.

Al llegar a la casa, miró fugazmente por la ventana de la cocina. No vio a nadie.

Utilizó la puerta trasera que comunicaba con la pieza principal de la casa tras un breve corredor formado por la escalera.

Se dirigió hacia el mismo hueco de la escalera cubierto de

madera. Abrió una portezuela pequeña y se metió en el interior, justo debajo del séptimo escalón. Por entre una rendija del mismo escalón podía ver la entrada principal de la casa.

La pieza estaba algo más limpia, pero todavía faltaba un buen baldeo a fondo.

El hombre del hacha esperó a la pareja, que no tardó en llegar.

CAPÍTULO XV

Los Fergusson regresaban de Burntown con sus ruidosas motocicletas.

La plaza estaba vacía, como si de repente los escasos habitantes de aquel siniestro lugar hubiesen desaparecido.

Dingle tenía la furgoneta en el garaje, pero no estaba como acostumbraba en lo que venía a ser taberna, aunque los pocos bebedores tenían que hacerlo sobre un tonel, y su propietario además de vino servía las provisiones de quienes no podían desplazarse a Burntown.

Una vieja y desgredada mujer, al ver aparecer a los Fergusson masculló:

—¿Ya estáis de vuelta?

—¿Te fastidia nuestra presencia, bruja?

—Un día os despeñaréis y tendremos paz...

—Sí. La paz de los cementerios —sonrió el del pelo ensortijado.

Su hermano soltó una risotada insolente.

—Tienes razón. Es como un cementerio.

—¿Y qué hacéis vosotros aquí? —Gruñó la vieja—. ¿Estáis muertos?

—¡Vamos, deja de chillar! —exclamó el pequeño—. ¿Dónde están los demás?

—No soy la niñera de nadie. ¿Qué queréis?

—Nada. Fastídate.

Salieron.

Ni Dingle, ni Timothy Wendice, ni Hurón, ni Calhern...

—A lo mejor están en la casa de los Norris...

—¿Todos a la vez?

—A ver a la chica.

—Es verdad. A mí sí me gustaría verla. Bueno, más que verla...

—soltó una risotada. Volvía a ser el menor, que a la vez parecía el

más revoltoso, aunque el del pelo ensortijado no le fuera a la zaga.

—Hemos tenido mala suerte con la rubia de Burntown... Y la culpa es tuya. Me has fastidiado el plan.

—Bueno... Echemos un vistazo a la casona. Si hay reunión, estemos al corriente de lo que ocurre en el pueblo.

—¡Tiene gracia llamarle pueblo a esto!

—¿Con la moto?

—¡No! ¡Por el atajo! ¡Vamos!

Eran las seis y veinte de la tarde. El sol se había ocultado detrás de los picachos más elevados, pero todavía brillaba en el llano libre de montañas.

Delante de la puerta, Davy besó a su prometida.

—No es una despedida —sonrió ella cuando él la soltó.

—Volveré cuando haya avisado al piloto. No me gusta dejarte sola.

—¿Por qué? No tengo miedo —sonrió.

Por un resquicio de la escalera el hombre del hacha miraba aquella despedida que para ellos era sólo momentánea, pensando para sus adentros que Davy había dado el adiós definitivo a Lucy Norris.

Los ojos asesinos de aquel ser extraño y misterioso parecían brillar más en la oscuridad del cuartucho de debajo la escalera.

—La gente sabe que no recuerdas nada de entonces, y esto es tu salvoconducto.

—¿Por qué?

—Porque si lo de tus hermanos y del mío, y también de la señora Aggie, fueron asesinatos, quien los cometió puede estar vivo todavía y si supone que tú sabes algo, no hay duda de que querría matarte también.

—No lo comprendo. ¿Qué sacaría con mi muerte?

—Por de pronto asegurarse la impunidad de sus anteriores crímenes.

—Pero ¿por qué mataron a mis hermanos, Davy?

—Ojalá lo supiera, Lucy.

El hombre del hacha, tras la escalera debía pensar que nunca lo sabrían. ¡Nunca!

Devy se fue definitivamente, prometiendo no tardar.

—Iré por ese atajo del que habló Hurón. Así llegaré antes —dijo

saliendo a buen paso.

Lucy salió un momento.

Los ojos del asesino brillaron con extraño fulgor desde su escondite.

Salió sigilosamente, pero ella entró de nuevo y volvió a meterse dentro del hueco.

Lucy echó una ojeada por la casa y quedó pensativa como si no supiera qué hacer.

Vio los cacharros sucios de la cocina y decidió lavarlos.

El grifo de la piletta era el único que funcionaba en toda la casa.

Estaba sola con el asesino y el ruido del agua al salir le impidió oír el leve gruñido de la puerta de debajo de la escalera, cuando el hombre del hacha y el sombrero de alas colgantes salió de allí dentro.

Los Fergusson vieron acercarse a Davy y uno codeó al otro para indicarle que se escondiera.

Poco después, Davy pasaba por delante de ellos, agazapados tras unos setos sin advertir su presencia.

El del pelo ensortijado murmuró:

—Apuesto a que la ha dejado sola.

—Es una buena ocasión —sonrió el otro.

—Se chivará.

—¿Y qué? Somos dos, ¿no? —sonrió soltando una de sus carcajadas estridentes.

—Vamos —repuso su hermano.

Lucy dejó los platos y se dejó caer sobre un taburete, pensativa.

Pensaba en los acontecimientos del día; en lo poco que había conseguido recordar.

Sus ojos, al recorrer la estancia, descubrieron el viejo reloj.

No funcionaba. Estaba detenido a las cinco de una tarde, o tal vez de una madrugada.

Era un cuco de poco precio con las dos pesas colgantes.

Se levantó y tiró de una cuerda.

Creyó oír una voz:

«No debes tocar esto».

¿Cómo era la voz?

¿De hombre?

¿De mujer?

¡Lo recordaba!

Sí. Una voz varonil, profunda:

«No debes tocar esto...»

Era la voz de su padre.

—¡Papá! —exclamó en voz alta.

Y enseguida se formuló una pregunta en su interior:

«Es la segunda vez que creo recordar a papá... ¿Por qué no ocurre lo mismo con mi madre? ¿Por qué no puedo recordarla?».

Al pensar en su padre e intentar recomponer su rostro a través de aquella voz, sintió un escalofrío y no supo por qué.

El hombre del hacha estaba muy cerca del dintel de la puerta de la cocina.

Un sucio espejito le servía para ver a la muchacha.

Sus manos se aferraron al mango del hacha.

Su pie, al avanzar un paso más, tropezó con algo.

En la cocina, Lucy se volvió, rompiendo momentáneamente el hilo de sus pensamientos.

El hombre del hacha se metió en un hueco formado por una pared de ladrillo que hacía de soporte al maderamen.

Entonces vio al gato negro que se dirigía mansamente hacia donde estaba el hombre que ella no podía ver.

Pensó que el ruido lo había provocado aquel gato.

Volvió a la cocina.

Y el hombre se dispuso a salir para terminar de una vez.

Sigilosamente, avanzando con cautela y el cuerpo agazapado, el joven del pelo ensortijado se aproximó a la ventana de la cocina e hizo una seña a su hermano, que se aproximó en una carrera.

Lucy se estaba cambiando las medias rotas en la caída que pudo haber sido mortal.

Los dos gamberros observaban sonrientes la operación simple que la muchacha llevaba a cabo sin miramientos al saberse o creerse sola.

Durante un instante sus ojos se posaron en la ventana y tuvo la sensación de ser observada.

Salió por la puerta lateral.

Los hermanos Fergusson no hicieron nada por desaparecer.

—¿Qué queréis vosotros? ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Mírate —dijo el menor—, ¿te parece poco espectáculo?

Soltó una risa.

El hombre del hacha hizo un gesto de contrariedad. Con los Fergusson allí tenía que demorar su plan.

El del pelo ensortijado se aproximó.

—Me llamo Alan... Puedes llamarme así, Lucy.

—Yo soy Archie —dijo el pequeño.

—Bueno, pues, no tenéis nada que hacer aquí. Volved a vuestra casa.

—¿Por qué?

—Porque no os necesito, ni me gustan los mirones.

—A nosotros nos gusta mirante. —Normalmente era el llamado Alan el que hablaba. El conquistador de la familia.

—Bueno. Iros. Ya está bien.

—No eres casada. Puedes platicar con los chicos. Ese que va contigo es demasiado viejo.

—No es viejo.

—A los treinta años ya se es viejo. Apuesto a que no sabe bailar así.

Dio unos pasos alocados siguiendo un ritmo que él mismo se hacía y que Archie acompañó con varias palmas.

De pronto Alan sujetó a la muchacha por la cintura, obligándola a bailar.

—¡Oh, suéltame! —exclamó ella.

—Vamos, baila... brujita... ¿Eres la brujita de la familia?

—¡Déjame!

—¡Baila, brujita, baila! —Seguía Alan aumentando los movimientos y arrastrándola a pesar suyo.

Lucy se veía obligada a dar vueltas, aunque intentaba desasirse de aquellas potentes manazas.

—Déjamela a mí, hermano —adujo Archie sin dejar de batir palmas.

Se contorsionaba acercándose a la chica.

—Tómala, pero pásamela.

Alan la soltó para arrojarla en brazos de su hermano.

—Un poco de ritmo y luego... un poco de amor, ¿eh, brujita? —sonrió Archie.

Y la soltó para que la recogiera Alan.

Lucy consiguió empujarle y cuando se aproximó le soltó una patada para evitar su proximidad.

Archie resopló.

—¡Bruja! No consiento que una mujer me ponga la mano encima.

Y como un tigre midiendo la distancia para saltar sobre su víctima miró a la muchacha.

Lucy se había librado del verdugo para caer en manos de aquellos gamberros cuyas consecuencias no podía sospechar.

CAPÍTULO XVI

Davy no pudo llegar con mayor oportunidad.

Bajó rápidamente del sendero cuando Archie parecía a punto de saltar sobre Lucy.

—Cuidado —dijo Alan quedamente, señalando con un movimiento de cabeza la presencia de Davy.

Archie se volvió y los dos quedaron mirándole, dando la espalda a la muchacha.

Davy se detuvo mirando alternativamente a uno y a otro.

—Fuera. Apartaos.

—Si quiere llegar a dónde está Lucy, apártenos usted —dijo fríamente Archie, más belicoso, más incisivo.

—Sois un par de críos insolentes que merecéis una buena lección.

—¿Usted va a dárnosla? —sonrió cínicamente Alan.

—¿Por qué no?

—Empiece, abuelo —sonrió Archie.

—Con mucho gusto.

No parecía Davy hombre de peleas. Ni por su porte, ni por su aspecto en general, y así lo creyeron también los Fergusson.

Atacó primero el pequeño, que si en cuestiones de faldas dejaba la iniciativa a su hermano, en lo tocante a puños era él quien empezaba.

Blandió el puño que catapultó en busca del rostro de Davy, que lo detuvo con un movimiento que parecía ejecutado a cámara lenta.

Archie soltó la izquierda, que igualmente fue detenida.

Davy bajó las manos y rápidamente, con ambas unidas, golpeó la mandíbula de su antagonista, al que lanzó contra la misma pared de la casa.

Intervino el hermano mayor con furia al ver derribado a su hermano.

Descargó un imprevisto puñetazo que hubiera alcanzado su destino si Davy, con gran precisión, no hubiese esquivado como un profesional.

A continuación su puño salió disparado contra el abdomen de Alan, que se inclinó hacia delante tosiendo.

Repitió el golpe hasta tres veces más, para terminar con un directo que lanzó a Alan varios metros más atrás.

—¡Cuidado! —advirtió Lucy al ver que Archie se lanzaba en plancha.

Davy se apartó, pero al mismo tiempo golpeó con el dorso de la mano la espalda del muchacho, que cayó de bruces como un plomo.

Jadeante, Alan se incorporaba acusando los golpes recibidos.

—Te acordarás, maldito —gruñó.

Ya no había ninguna sonrisa en su rostro, sino un odio mortal.

—¡Déjalo, Alan! ¡Es mi pelea! —dijo el menor.

—¡Y la mía! —rugió Alan entre dientes.

Se acercaban los dos, deseosos de venganza.

Davy les esperó firmemente, sin retroceder, observándoles tan solo.

Los dos movían los puños cerrando la guardia.

Davy hizo un amago.

Archie picó el anzuelo y trató de golpear a su antagonista de abajo arriba.

Davy esquivó. Con el codo por delante evitó que Archie pudiera endilgarle otro golpe a la vez que él le golpeaba el abdomen para lanzarle hacia atrás con un bien calculado gancho.

Archie ya no pudo levantarse al primer intentó.

Alan pretendió alcanzarle con un golpe bajo que Davy paró magistralmente.

—¿No has tenido suficiente, aprendiz de gamberro? Porque ni a gamberro llegas.

Se apartó. Cogió por un brazo a su agresor, le golpeó en ambas mejillas y puso punto final con un *upercut* que le tiró contra el suelo.

El asesino del hacha había presenciado la lucha. Sabía que llegado el momento de liquidar a Davy, tendría que tomar sus precauciones. Le vio la esgrima, la habilidad para esquivar los golpes, y decidió que la mejor hora para terminar con los dos,

puesto que se quedaban, era la noche, durante el sueño. Un sueño del que jamás iban a despertar.

Salió de su escondrijo aprovechando que Davy y Lucy seguían fuera, donde los hermanos Fergusson continuaban en el suelo medio atontados por la paliza recibida.

—Y ahora largaos —dijo Davy—. No quiero volver a veros por aquí. ¿Está suficientemente claro?

Davy cogió a la muchacha entrando en la casa.

—¿Cómo has venido tan pronto? —inquirió ella.

—Es que no he ido. Me pareció ver a ese par de sujetos cuando llevaba algún trecho. Hay una pequeña colina, subí y les vi correr hacia aquí y les seguí. No me fío de ellos. En realidad no me fío de nadie de este lugar.

—Davy... Creo que iré contigo. Acabaría por entrarme miedo.

—¡Vamos! —sonrió él y al salir de la casa añadió—: Tendremos que buscar alguna llave. Puede que Hurón sepa dónde están. Es mejor no dormir con la puerta abierta.

Sí, en todos los casos es mejor cerrar bien la puerta de la casa, sobre todo si está aislada, pero en aquella circunstancia concreta daba lo mismo porque el asesino estaba dentro.

—Hasta mañana entonces —dijo el piloto—. Si es que están seguros de que se quieren quedar.

—Sí, amigo. Y lamento el viaje.

—Con este chisme es sólo un momento.

El helicóptero se elevó por el aire.

—Bien... Ya estamos aislados —sonrió él—. ¿No te arrepientes?

—No... Por cierto quería decirte una cosa... He intentado recordar y de nuevo me pareció oír la voz de papá.

—¿Puedes acordarte de cómo era?

—No. Lo intento pero es inútil. Lo que me extraña es que en ningún momento piense en mi madre.

—Bueno, quizá yo pueda sacarte de dudas. Por lo poco que sé..., un poco de aquí y un poco de allí, tu madre estaba bastante enferma, casi desde que naciste, y a su dolencia se le unió el dolor de perder a su primer marido.

—¿Cómo?

—Sí... Su primer marido.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Aunque gozaras de la mejor memoria del mundo no podrías acordarte. Tú no habías nacido. Tu verdadero padre murió unos meses antes de que vinieras al mundo.

—¿Y cuántos años nos llevábamos los tres hermanos?

—La mayor era Joan, luego seguía Richard, tú eras la pequeña. La diferencia era de un año escaso de uno al otro.

—Entonces, al hombre que recuerdo como mi padre...

—Tu madre, por indicación del médico, no sé si de ese Cordey o de quién, realizó un viaje para cambiar de ambiente. Por lo visto, conoció a un hombre y se casó con él. Posiblemente vosotros nunca lo supisteis, sea porque no juzgaron oportuno decíroslo a medida que ibais creciendo, sea por lo que fuere. En estos momentos no creo que importe mucho. Pero la razón de que no te acuerdes de tu madre está en que debías verla muy escasamente debido a esa enfermedad.

—¿De qué murió? —preguntó la joven.

—De accidente. Mi hermano lo explicaba en una de las cartas que dirigió a Hellen.

—¡Accidente! Es como si toda la familia estuviese predestinada.

—Sí... Pero sigo pensando que hubo una mano criminal en la mayoría de los casos.

—¿Qué clase de accidente?

—De automóvil. Conducía un viejo coche. Iba sola. No se sabe qué ocurrió. Teniendo en cuenta que su salud era precaria, pudo tener un desvanecimiento y despeñarse.

—Si estaba enferma..., ¿por qué iba sola?

—Tampoco lo sé... Posiblemente Matt lo hubiera explicado todo, pero desapareció.

—¿Crees que alguna vez sabremos la verdad? —musitó ella.

Caminaban. El la rodeaba por los hombros. Estaban cerca de aquella plazoleta que ahora volvía a estar concurrida con la gente de costumbre, incluido Hurón.

El sol se había puesto ya y comenzaba el crepúsculo. Pronto estaría todo oscuro.

—No sé, Lucy, no sé si sabremos la verdad... Pero no pienses ahora en esto. Vamos a comprar algunas cosas. Comida, vino y café. ¿Eh?

Avanzaron entre las miradas de los curiosos.

—¿Sabe alguien si el doctor Cordey está aquí? —preguntó Davy.

No hubo respuesta.

Fue Hurón el que acercándose informó.

—No le hemos visto. Debió dar la vuelta.

Los Fergusson miraban a Davy por el rabillo del ojo. Ellos habían visto el auto del médico, pero no hicieron el menor comentario al respecto.

En la tienda, entre los ya conocidos había un hombre corpulento, de manos callosas y mirada dura.

Salió con una bolsa con varias cosas y miró a la pareja que se disponía a entrar.

Especialmente clavó sus ojos en la muchacha.

CAPÍTULO XVII

—¿Quién era ese hombre? —preguntó ella, agrandando los ojos como si todavía sintiera aquella mirada penetrante que le dirigió el individuo alto y corpulento.

—No lo sé.

Lo supieron enseguida cuando el vozarrón del hombre llamó a los Fergusson por su nombre.

—¡Vamos, pandilla de vagos! Todo tengo que hacerlo yo. Que uno de los dos lleve esto a casa con la motocicleta.

Era el padre de Alan y Archie.

Pronto se escuchó el escape de una de las motos, que enseguida se alejó.

Hurón había entrado en la tienda.

—¿De veras se quedan?

—Sí.

Frunció el entrecejo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Corren peligro.

—¿Por qué?

—Pues no lo sé..., pero aquello no quedó claro, y usted lo sabe, señor Nolan.

—Precisamente. Pienso que usted opina lo mismo que yo, Hurón... Que todo no fueron accidentes y que Lucy vive gracias a que usted la trajo a casa de mi hermana.

Hurón guardó silencio.

—Y es posible que piense también que entre ustedes hay un asesino...

Los demás habían entrado en silencio. Miraban a Davy, a la chica y a Hurón, que entre ellos no parecía tener ganas de hablar.

—Un asesino que volverá a matar para encubrir sus anteriores crímenes —siguió Davy.

De nuevo se hizo el silencio.

—Y una posible víctima es Lucy... Lucy, que puede recordar algo que había visto, un detalle por el que es posible identificar al asesino.

Silencio.

Fue sin embargo Dingle quien intervino para decir:

—Cuando ocurrió todo aquello vinieron unos agentes a investigar...

—¿Sí, señor Dingle? Usted es Dingle, ¿verdad?

Dingle dio un paso atrás, como lamentando haber hablado.

—¿Cómo es posible que el cuerpo de mi hermano Matt no apareciera por ninguna parte? Si fue un accidente, tarde o temprano se le hubiese encontrado.

En el umbral apareció la imponente figura de Fergusson padre.

—Un día se despeñó una de mis yacas. Cayó a un precipicio y nunca más fue posible encontrar ni sus huesos —dijo.

—¿Buscaron la vaca? —preguntó Davy, con un deje de sorna.

—No se encontró su cuerpo. Y hay muchos precipicios peligrosos en las montañas. Cuide de no caer en ellos porque es posible que tampoco su cuerpo apareciera jamás —sentenció el hombretón.

—Pide lo que necesites, Lucy —replicó Davy, volviéndose hacia la joven. Luego, dirigiéndose a Hurón, dijo—: Cenará con nosotros, ¿eh?

—No. Iré a por mis cosas y volveré a mi vieja chabola.

—Pero ¿no está destruida?

—Algo queda en pie.

—¿Por qué tiene que irse? Cabemos los tres perfectamente.

—Prefiero dejarles...

Y Hurón salió de la tienda. Davy le siguió.

—¿Qué le pasa de pronto? Dice que ha vivido cuatro meses allí y de repente siente miedo.

—Escuche, señor Nolan. Puede que tenga razón. Que su hermano estuviera al borde de descubrir algo importante y fuese asesinado... Se investigó, pero no se esclareció nada.

—Imagino lo mucho que debían ayudar todos para poner las cosas en claro —replicó irónicamente Davy.

—Sea como fuere, todo aquello concluyó. Bien o mal, aquí vamos tirando. Hemos vivido siempre aquí y cambiar de ambiente a

nadie le satisface. Durante estos últimos quince años nada ha ocurrido, pero han llegado ustedes y las cosas de entonces pueden reproducirse.

—¿Por qué?

—Usted dijo antes que entre nosotros puede haber un asesino.

—Hable claro, Hurón. Cuente lo que sabe. Usted no es como los demás... Lo demuestra el hecho de que hubiese llevado a Lucy a Los Ángeles.

—Tenía que hacerlo... Era una pobre criatura... A mí me gustan mucho los niños y además... apreciaba a su hermano Matt.

—Gracias. Y ahora dígame más cosas.

—No sé nada.

—Quizá todo empezó con la muerte de la madre de Lucy, o quizá antes ya, cuando murió su primer marido.

—No lo sé...

—Pero sospecha algo.

—Cuando enviudó, Timothy Wendice iba tras ella.

—Pero estaba enferma.

—Sí. Pero le gustaba. Entonces decían que Timothy ya la había pretendido antes de que ella se casara con su primer marido, y decían también que era por el dinero.

—¿Tenía dinero la madre de Lucy?

—No lo sé...

De la tienda salieron los hombres, excepto Timothy Wendice.

—Lo siento. Ya hablaremos en otro momento —añadió Hurón, nervioso al ver a los demás.

—Un momento. ¿De qué murió el primer marido de Sarah Norris? Es decir, el padre de Lucy.

Hurón hizo una pausa, bajó los ojos y murmuró:

—Fue un día a Ogden. La encontraron casi hecho pedazos en la vía férrea. Se supuso que un tren le había arrollado —fue la respuesta de Hurón.

Otro accidente. Parecía el sino de la familia. Un sino que aquella noche un asesino, uno de aquellos hombres que ahora estaban en la plazoleta, haría que se repitiese, porque había sentenciado a los dos.

CAPÍTULO XVIII

Cuando Davy volvió a la tienda, Timothy Wendice le estaba diciendo a la muchacha:

—De veras que me ha gustado verla de nuevo, Lucy. Yo..., yo sentía una gran simpatía por su madre... Puedo tutearte, ¿verdad? Podría ser tu papá...

Ella le miró extrañada. Por primera vez alguien se dirigía a ella como para darle la bienvenida y decirle algo agradable.

—Gracias —musitó.

—No haga caso a los demás... Aquí no estamos acostumbrados a ver caras nuevas. Aunque tú hayas nacido en el lugar, para ellos, para todos, eres una cara nueva, un rostro desconocido... Qué estupidez, ¿verdad?

Y el silencioso Timothy miraba complacido a la muchacha.

—¿Por qué son así? No lo comprendo.

—Casi siempre lo han sido, Lucy. Tú no puedes acordarte... Eras muy pequeña.

—Yo... no recuerdo casi nada —murmuró ella.

Davy se le acercó.

Timothy sonrió.

—Adiós, Lucy... Si alguna vez necesitas algo... En fin... Ya sé que tienes buena compañía. ¡Señor Nolan!

Timothy inclinó un poco la cabeza y salió fuera.

—Bueno. Al menos alguien parece celebrar mi estancia aquí.

—Es Tim Wendice. Parece que también era buen amigo de la familia. Hurón acaba de contarme algo que no sabía... Creo que por fin se le empieza a desatar la lengua. Si no hubieran salido los otros, es posible que hubiera podido tirarle un poco más.

Salieron de la tienda.

Dingle, con una lámpara portátil, estaba en el garaje con las puertas abiertas repasando su furgoneta.

—Señor Dingle, necesito que nos lleve a casa. ¿Cuánto pide por el viaje?

—A estas horas...

—Precisamente. Está demasiado oscuro.

—Bueno, es que... Tenía que engrasarlo.

—¡Vamos, señor Dingle! ¿No permitirá que la señorita Lucy vaya a pie?

Ella se fijó en los extraños ojos del pequeñajo. Eran extraños por su brillo y quizá por la misma mirada imprecisa..., y al mismo tiempo parecían querer salir de sus cuencas.

—Bueno, ejem... Le llevaré. No tiene que darme nada.

En la puerta del garaje estaban Calhern y Hurón.

Calhern, el que, teniendo una edad aproximada a los otros, parecía el más viejo, murmuró:

—¿Vas a quedarte mucho tiempo, Lucy?

—¿Cómo ha dicho? —inquirió ella, como si repentinamente hubiese recordado algo.

—Si has de traernos complicaciones, será mejor para todos que regreses de donde has venido.

La voz del hombre sonaba áspera, dura.

Ella le miró tratando de recordar. Parecía como si de nuevo una lucecita le permitiera ver algo... O tal vez era una voz lo que escuchaban sus oídos, una voz lejana...

—Lucy...

La voz de su padre... O por lo menos del hombre al que ella llamaba papá.

Davy se fijó en el rostro de la muchacha, que a su vez miraba fijamente a Calhern.

—Listo. Cuando quieran podemos irnos —dijo Dingle rompiendo aquella especie de encantamiento de la joven.

Entonces, Davy se volvió hacia Calhern para aconsejarle con voz fría:

—Usted métase en sus asuntos. Lucy y yo nos quedaremos hasta que nos convenga.

—Sí, señor Calhern —repitió ella—. Y es posible que hasta descubramos si mis hermanos sufrieron realmente un accidente o si fueron asesinados.

A sus palabras siguió un silencio que pareció tangible.

Sus rostros, incluidos los de Fergusson padre y su hijo Alan se clavaron en la muchacha.

—¡Vamos, Davy! Por primera vez creo que ya sé cómo es el rostro de mi padre... Bueno, de mi padraastro —replicó ella.

Dingle, con la puerta de su furgoneta abierta, estaba temblando.

CAPÍTULO XIX

Dingle les había dejado en la casa.

Su furgoneta se alejó por el sendero con el ruido característico.

Davy se volvió hacia Lucy.

—¿Qué es lo que has recordado?

—Algo vago, pero reconocería a mi padre si le viera.

—No le verás... Está muerto.

—¿Cuándo murió exactamente?

—Pues... Unos tres años antes de que te llevaran a Los Ángeles.

Tu madre había muerto un poco antes.

—¿Tres años? Por lo tanto, yo sólo tenía cinco años. Y sin embargo, le recuerdo de más adelante... Sí. Tres años más o menos cuando se es niño tienen su importancia. Yo sé que mi padre me visitaba por las noches. Apenas podía verle, pero se acercaba a mí y yo le veía como una sombra, pero estoy segura de que le reconocería.

—Lucy, esto que dices no tiene sentido. Tu padre estaba muerto...

—Entonces, ¿quién era? ¿Quién...?

Se interrumpió. Davy había hecho un ademán de silencio porque las tablas de alguna parte crujieron, como si alguien pretendiese deslizarse sin hacer ruido.

Davy aguzó el oído.

El ruido procedía de la entrada lateral, de la parte de la cocina.

—Quédate ahí —susurró.

Las pisadas continuaban.

Davy se apresuró a colocarse junto a la puerta de entrada que comunicaba la cocina con el pequeño recinto de la escalera que conducía hacia el piso y el portal lateral.

La puerta se abrió lentamente.

Una mano armada con un hacha apareció. Davy, pegado a la

pared, esperó a que la figura apareciera completa.

Surgió el hombre y Davy le sujetó por detrás.

La presa hizo su efecto y el del hacha quedó inmovilizado.

—¡Suelta...! —Apenas pudo decir.

Davy le reconoció:

—¡Hurón...!

Sí. Era Hurón. Le soltó.

—Vine a recoger algunas cosas. El hacha... la necesitare por la mañana.

—¿Y por qué entra con tanto sigilo?

—No entraba con sigilo. Buscaba el hacha y un zurrón. Pero ahí no hay luz.

—Bueno. Disculpe el recibimiento...

—Davy. —Hurón se humedeció los labios—, yo no quisiera que le ocurriese nada. Ya le dije que apreciaba a su hermano..., y quiero a Lucy desde que era niña. —¿Sabe algo más?

—Muy poco pero quizá le sirva.

—Diga.

—La tarde antes de la desaparición de su hermano, que fue al día siguiente de la muerte de Joan..., Lucy dijo haber visto a su padre..., lo cual no podía ser porque llevaba tres años muerto.

—Siga, Hurón —murmuró Davy pensativamente.

—Algunas personas también aseguraban haberle visto, y aunque yo nunca le vi, a veces me inclinaba a pensar que los comentarios de la gente pudieran ser ciertos. Bueno, su hermano quiso desenterrar el ataúd y lo abrió. ¡Estaba vacío!

—¿Dijeron esto a los agentes que hicieron el informe?

—No... Nadie dijo nada.

—¿Por qué?

—Es cosa pasada y no la más importante.

—¿Qué es lo importante?

—El misterio existe, pero a medida que va pasando el tiempo uno piensa que los imposibles no existen. Jonás estaba muerto... Alguien debió robar el cadáver para hacer creer que todas las cosas se debían a... un muerto.

—¿Usted vio alguna vez el cadáver de Jonás?

—Sí, lo vi.

—¿Era él?

—Sin duda.

—Bien. Los muertos no regresan... Pero ¿quién podía tener interés en hacer creer tal cosa?

—Lo ignoro, pero cuando murió la madre de Lucy, su segundo esposo se movió mucho... Esperaba heredar, creía que Sarah Norris tenía dinero. No sé si lo tenía o no, pero Jonás siguió haciendo la misma vida de siempre y parecía haberse vuelto huraño... Algunas veces dijo que se largaría, pero no tuvo tiempo de hacerlo. La muerte le sorprendió antes.

—De accidente, ¿no?

—Sí. Se despeñó por el mismo precipicio que las niñas.

—Esto no es normal, Hurón. Alguien lo trajo hasta allí.

—No lo sé. Se lo digo por si puede ayudarle en algo.

Apenas Hurón se hubo ido, apareció Lucy con unos documentos en la mano y un retrato. Había estado removiendo unos cajones y dijo:

—¡Mira lo que he encontrado!

Al mostrar la foto exclamó:

—Ése es el hombre al que yo llamaba padre.

Davy observó la foto. Parecía un hombre de unos cuarenta años, de aspecto optimista. No se parecía —por la cara al menos— a nadie de por allí.

—Y todo esto...

Había una receta médica, firmada por Cordey. Luego unas facturas de veinte años atrás y una póliza de seguros cancelada.

Davy se fijó en la fecha. También era muy antigua, veintiún años, dos menos de los que tenía Lucy cuando fue cancelada.

—La suscribió tu madre... No es mucho. Diez mil dólares; seguramente la hizo al enviudar. —Miró la fecha y añadió—: Sí, seguramente es eso. Debía presentir su muerte y quiso dejaros algo... Pero tuvo que rescatarla.

—Debía necesitar el dinero...

—Sí... esto puede ser un dato. Pero no logro encajarlo. El criminal sin duda dejó esto aquí porque pensó que no significaba ninguna pista... Y puede que no lo sea, pero cualquier detalle puede ser importante...

Quedaron ambos pensativos. Cada cual en sus cosas; mientras, en la parte trasera, el hombre del sombrero caído y el hacha se

deslizaba hacia el interior de la casa.

CAPÍTULO XX

Se habían acostado. Ella en la habitación que en tiempos perteneció a la señora Munson —tía Aggie, como Lucy la llamaba—, y Davy lo hizo en la habitación de las dos camas.

En la casa reinaba el silencio.

Ninguno de los dos advirtió el crujir del séptimo peldaño de madera cuando el hombre del hacha subía lentamente.

Era medianoche. Lucy dormía, después del trajín del agitado día, y también Davy dormitaba tendido en la cama, sin desnudarse.

La sombra llegó al rellano y avanzó por el corredor. Conocía bien la casa.

Lucy soñaba. Se removía en la cama víctima de una pesadilla.

El hombre escuchó un momento en la habitación de Davy y pudo oír a través de la delgada hoja de la puerta la acompasada respiración del durmiente.

Sonrió de una manera extraña, mientras su mano derecha se aferraba al hacha y su zurda asía el pomo de la puerta.

Lucy se despertó con un sobresalto y se sentó en la cama. No es que hubiese oído ningún ruido especial. Es que en sueños había visto «algo». O mejor, lo había oído...

Había oído la voz.

Una voz dulce y melosa que la llamaba:

—Lucy...

La misma voz que momentos antes había escuchado en la plazoleta.

Sólo que el rostro... El¹ rostro no era el mismo. No. Pertenecía..., ¿a cuál de los hombres?

Sí... ¡Lo tenía!

Era... ¡Timothy Wendice!

Y el hombre del hacha estaba ya en la habitación de Davy. Levantó el mango... De un tajo le degollaría.

Ella se levantó de la cama. Era imposible que llegara a tiempo para despertarle.

El hacha estaba ya en lo alto dispuesta a bajar.

Ella no esperó a llegar.

—¡Davy! ¡Davy! —gritó emocionada por su descubrimiento.

Y luego, con horror, creyó recordar otra cosa:

—¡Davy!

La voz contuvo al verdugo, al tiempo que los sobresaltados gritos de ella habían despertado a su prometido.

Davy vio el hacha. Dio una vuelta sobre sí mismo y saltó de la cama.

El asesino le persiguió.

Ella entró en el cuarto en el momento en que Davy, esquivando la acometida, dejaba el hacha clavada en la pared de madera, con el verdugo intentando recuperarla tirando de ella.

El puño derecho de Davy lanzó al hombre contra la pared de enfrente.

El sombrero se le cayó, dejando al descubierto un rostro que parecía faltarle la vida.

Un rostro que Davy había visto no hacía mucho tiempo.

El rostro de... ¡Jonás! El segundo marido de la madre de Lucy.

—¡Papá! —exclamó la joven aterrada.

Davy se lanzó contra él al ver que el hombre, perdido sin el hacha, intentaba escapar después de haberse recuperado.

La lucha fue breve. A pesar de su buena envergadura, Davy resultaba mucho más fuerte.

Le golpeó.

Aquella vez el directo, al alcanzarle el rostro, «movió» su cara, que adquirió una forma extraña.

La explicación era bien sencilla. ¡Llevaba una máscara!

Sí. Era una máscara, más o menos con el rostro de un muerto. Una máscara que para una habitación en penumbra o para engañar a una niña, surtía su efecto...

Tras aquella máscara se escondía un asesino:

¡Timothy Wendice!

Davy le acorraló, sujetándole por aquellas ropas desvencijadas, y le arrinconó a la pared.

—Ahora hablarás... Lo contarás todo, asesino... Desde el

principio.

El hombre jadeaba. Estaba vencido.

Lo había explicado todo. Casi todos los asesinos parecen jactarse de sus proezas, de sus habilidades, de lo que traman creyendo que es perfecto.

La póliza de vida tenía, en efecto, su parte en todo aquello.

Timothy comenzó por decir que siempre había sentido un gran amor por Sarah. Pero que primero se había casado con otro, dejándole de lado, y rechazándole por segunda vez después de enviudar.

El segundo marido, Jonás, no era más que un vívidor. Se había casado con Sarah creyéndola rica, porque la boda se celebró lejos de Winston Flag.

—Sé que él aceleró su muerte para cobrar su seguro de vida —siguió—. Yo le tiraba de la lengua siempre que podía. Le gustaba beber y por poco dinero se podían conseguir buenos informes de su boca. Era un miserable, pero tenía algo que le hacía simpático a los hijos de Sarah... Les compraba cosas a menudo y ellos le querían...

Siguió el relato diciendo que a la muerte de su mujer tuvo una gran decepción porque la póliza del seguro de vida estaba a nombre de los hijos de Sarah.

—Entonces decidí acabar con él y con los niños...

—¿Por qué, Wendice?

—Había recibido muchas humillaciones... Ella ya no estaba y aquellos hijos no eran míos... Y quedaba el dinero, un puñado de dólares... Yo los conseguiría.

—¿Cómo pensaba cobrar el seguro?

—Aggie Munson... Ella me habría ayudado.

—¡Tía Aggie! —exclamó ella.

—No se lo dije al principio. Al terminar mi obra... Bueno, posiblemente me hubiese casado con ella.

—Podía haberse casado y dejar en paz a los niños.

—¡Nunca me quisieron! Hasta ellos me despreciaban —exclamó Timothy como un loco.

Sus ojos se mostraban desorbitados. Estaba excitado...

—¡Qué horror! —exclamó Lucy, viendo ante ella la repetición de la escena causante de aquella puerta cerrada de su cerebro..., Fue él... Fue él quien mató a hachazos a tu hermano. Yo lo vi..., ¡Dios

mío! ¡Dios mío!

—Sí. Ella me vio, pero yo tenía que acabar con Aggie Munson porque también me había visto... Así se iba todo al diablo, pero ya no podía volverme atrás.

—¿Y los cadáveres? —inquirió serenamente Davy.

Ya completamente perturbado, Timothy siguió:

—Los hice pedazos, como al del doctor Cordey... Era un farsante, un curandero. Le utilicé para que trajera a Lucy hasta aquí. No me fiaba de su pérdida de memoria... Era un peligro constante.

—Esperó mucho tiempo...

—Primero tenía miedo. Luego, cuando quise ir en busca de la niña..., habían cambiado de domicilio.

Davy asintió.

—Me costó trabajo encontrar su paradero, y siempre vivía pendiente de una mocosita... —Siguió Timothy.

—¿Qué hizo con los pedazos? —preguntó Davy, y Lucy sintió que un estremecimiento le recorría toda la espalda.

—Los enterré. Los enterré con cal. Nunca los encontrarán.

—Y total para nada, Wendice... La póliza estaba rescatada desde hacía, tiempo.

—Sí. El maldito Jonás ni siquiera se había dado cuenta. Sólo miró al beneficiario... Pero no maté por nada. Eran los hijos de Sarah... ¡Y Sarah me despreció! Pero mi venganza no ha sido completa. ¡Lucy vive!

Intentó abalanzarse sobre ella.

Davy le sujetó.

—¡Vístete, Lucy! Iremos a explicar todo esto a la policía. Dingle nos llevará. Tendrá que repetir todo esto, Timothy.

Ella se alejó hacia su dormitorio.

—Ahora pórtese bien —dijo Davy.

Timothy asintió y el joven le soltó.

—Bajemos. Pase delante.

Timothy volvió a asentir sumiso, pero apenas en el corredor echó a correr gritando:

—¡No me cogerán! ¡No me dejaré coger!...

A pesar de su edad, se mostraba extremadamente ágil.

Davy siguió detrás suyo.

—¡Davy! —gritó la muchacha, al verle correr a través de la ventana.

El loco, porque sólo así podía juzgársele, corría hacia el norte, hacia los mismos acantilados adonde tan hábilmente atraía a sus víctimas.

—Es inútil que escape, Tim —gritó Davy—. ¡Le cogerán algún día, aunque ahora logre escapar!

Timothy seguía frenético aquella ruta que tan bien conocía...

Y llegó a lo alto, trepando a la roca.

—¡Aquí! Aquí murieron... Era fácil conducirles... Y hasta la gente creyó que Jonás había salido de su tumba para matar a sus hijos... Cuando encontraron el ataúd vacío, nadie lo dudó... Mi plan era perfecto, Nolan... ¡Perfecto!

Parecía un iluminado en la cumbre del mundo. En su cumbre trágica.

—¿Y la máscara? Yo pude ser un buen comediante... pero nadie creyó en mi talento... ¿Qué opina usted, Nolan?

El joven se acercó a la cumbre.

—No sea loco, Timothy... Está usted enfermo. Acérquese... No le tratarán como a un vulgar criminal. Es demasiado horrendo lo que hizo.

—¿Loco yo? Los demás están locos. El mundo está loco. ¡Está loco!

Dio un traspiés... Quizá en aquel momento, en su delirio, no pensó en su propia trampa.

Su cuerpo desapareció por el precipicio.

—¡Locooooo...!

Su última palabra resonó de forma prolongada, hasta que el choque de su cuerpo contra algo duro puso fin al eco de su voz...

EPÍLOGO

Ya todo era luz en la mente de Lucy Norris.

Sí. Toda su infancia, o por lo menos los momentos que nunca se olvidan o que, por un motivo u otro, quedan grabados en la mente, podía recordarlos con toda claridad.

Y también la voz de Timothy, que en la penumbra y con la máscara en el rostro, creía de veras que era la de su padre...

Pero eran recuerdos que más valía olvidar.

Winston Flag quedaba atrás. El helicóptero, navegando por los aires, mostraba la belleza salvaje del panorama. Desde el cielo todo parecía mucho mejor.

—Ahora todos están dispuestos a hablar. Cuando la policía haga el informe, regresaremos si es absolutamente necesario...

Ella asintió.

Luego, él la rodeó con sus brazos. Ya no volverían a hablar de todo aquello.

Era mejor pensar en el porvenir. Un porvenir que abriría una nueva vida para los dos.

Y pensando ya en ese futuro, ella preguntó:

—Davy. ¿Es en serio que piensas cerrar tu oficina de detective privado?

—Y tan en serio, cariño. Demasiados líos, peleas, asuntos feos... No... Puedo vivir una buena temporada sin trabajar. Después de la luna de miel, escribiré algunas cosas. Tengo varias ideas...

Y mirándola a los ojos, dejó de hablar para besarla. Los labios de Lucy valían bien uno y mil besos.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

